

NAUFRAGIO

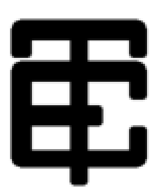
CLARK CARRADOS

Colección **ESPACIO**

Naufragio

por

Clark Carrados



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA

Núm. de Registro: 7322 – 1964
Depósito Legal: B. 965 – 1965

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Y había el Señor preparado un grande pez,
para que se tragara a Jonás; el cual estuvo
tres días y tres noches en el vientre del pez

(Profecía de Jonás, II, 1.)



CAPÍTULO PRIMERO

L naufragio se produjo de un modo tan súbito como inesperado.

Instantes antes, no había nada en la pantalla del radar. Luego, de repente, apareció una gran mancha difusa que ocupaba buena parte de la zona inferior de la pantalla. El radarista adivinó un obstáculo no señalado y dio la alarma, pero ya era tarde.

Chirriaron los timbres, llamando a los tripulantes y pasajeros a sus sitios y ordenándoles ajustarse les cinturones de seguridad. Los altoparlantes repitieron la orden de: «Quince segundos para atarse los cinturones. ¡Deceleración! ¡Deceleración!», pero; resultaba ya imposible impedir el desastre.

La mancha difusa cubrió de repente toda la pantalla,

contemplada por el radarista con ojos desorbitados mientras los chorros inversos frenaban la velocísima marcha de la astronave.

Les descuidados o que, simplemente, no habían tenido tiempo de colocarse los cinturones de seguridad murieron aplastados, proyectados con irresistible ímpetu contra las planchas y los mamparos de la nave. Sonaron algunos gritos de terror, se oyeron algunos alaridos y luego empezó una deceleración más pronunciada y terrible que la causada por propios chorros de freno.

Aun con los cinturones se produjeron nuevas desgracias; más adelante, el contramaestre Tiflin diría que había estado observando el gravitómetro durante el frenado y había visto subir la aguja hasta el número 14, lo cual significaba que, en aquellos momentos, los cuerpos de los que viajaban en la nave habían soportado catorce gravedades... el que resultó lo suficientemente fuerte para soportarlas.

A partir del momento en que empezó la acción de los frenos, la astronave redujo su velocidad de manera vertiginosa. Luego, cuando la mancha del radar se hizo tan grande que llenó toda la pantalla primero y al fin desapareció, se sintió una cosa extraña en el interior de la nave, un brutal aumento de la deceleración, una fuerza irresistible que no provenía de los chorros de freno y que la sujetaba por todos los lados hasta que, al fin, el aparato se inmovilizó por completo.

Después hubo un momento de silencio. Oscilaron las luces y sonaron algunos gemidos.

—Nos hemos detenido —informó Manuel García, ingeniero jefe —. Cortaré todos los chorros.

—Conforme —contestó el capitán Wassikopf—. ¿Señor Rhelson?

Jommy Rhelson, segundo de la nave, sacudió la cabeza. Sentíase molido como consecuencia de la brusca deceleración y le dolían los ojos, que en un momento determinado había estado a punto de creer se le arrancarían de sus cuencas y saldrían disparados contra la pared de enfrente. Un hilillo de sangre le corría por las comisuras de los labios y se lo limpió con el dorso de la manga.

—¡Señor Rhelson! —repitió el capitán.

Jommy sacudió la cabeza. Parpadeó unos momentos y al fin se irguió en su mullido asiento.

—A la orden, capitán —contestó a través del micrófono.

—Estamos detenidos, pero ignoramos el lugar. Tenga la bondad de izar un periscopio explorador y realizar una observación del terreno circundante. ¡Señor Lanvin!

Una voz contestó:

—Mi capitán, el tercer oficial Lanvin está muerto.

Sonaron algunos sollozos femeninos. Una mujer clamó:

—¡Juan, Juan!

Alguien se quejó con acento monótono. El capitán llamó de nuevo:

—¡Contramaestre Tiflin, sírvase presentarse en la cámara de mando!

—AI momento, señor.

Mientras tanto, Jommy Rhelson había sacado el periscopio. Efectuó un «barrido» de 360 grados y emitió su informe:

—Capitán, no se ve nada. En este planeta parece ser de noche. Además, hay niebla y no se ven estrellas.

Wassikopf llamó:

—¡Radarista!

—¿Señor?

—Trate de detectar algún cuerpo celeste y páseme su informe.

—Bien, señor.

Jommy preguntó:

—¿Recojo el periscopio?

Puesto que por ahora no se ve nada, sí —respondió el capitán—. Vamos a ver mientras qué ha sucedido en la nave.

—Conforme.

Jommy se soltó el cinturón de seguridad y se puso en pie.

En aquel momento, el suelo de la nave se movió. Jommy se balanceó unos momentos y estuvo a punto de caer al suelo, pero lo evitó agarrándose oportunamente al alto respaldo de una butaca. El movimiento del suelo fue muy breve y, además, de escasa intensidad; en seguida volvió a adquirir su nivel anterior.

Jommy observó:

—Pareció un terremoto, capitán.

—Si —respondió Wassikopf, muy preocupado—. Vamos a ver qué ha pasado.

El panorama de la nave no tenía nada de agradable. Contaron hasta doce muertos, algunos de ellos convertidos en una pulpa de

carne y huesos. Eran los que no habían tenido tiempo de sujetarse con los cinturones en el momento de la alarma.

Cinco de los doce tenían fracturas de cuello o columna vertebral, todas mortales. Los efectos de la segunda fase de la deceleración habían resultado fatales para ellos.

Wassikopf torció el gesto.

—¡Cristo, qué desastre! —comentó en tono sombrío.

—Sería conveniente acomodar los cadáveres en una sola cámara —sugirió Jommy—. Al menos, hasta tanto sepamos dónde estamos y podamos darles digna sepultura.

Una mujer salió a su encuentro. Era ya de avanzada edad, unos cincuenta y cinco o sesenta años, pelo canoso y vestidos de una confección que bordeaban el ridículo. En la mano llevaba un artefacto que resultaba tan incongruente a bordo de la astronave como una vela en una central eléctrica: un paraguas de tela azul oscuro, cuidadosamente enrollado.

—¿Capitán?

—Dígame, señora —respondió Wassikopf en tono cortés.

—Señorita —rectificó la mujer. Tenía unos ojos claros y sensitivos y su rostro predisponía a la simpada en seguida—. Señorita Carrish.

—Encantado, señorita Carrish. ¿En qué puedo servirle?

—Dígame qué ha sucedido, capitán —pidió la mujer en voz más serena y reposada de lo que habría cabido esperar en aquellas circunstancias.

—Lo lamento, señorita Carrish—contestó Wassikopf—. Estamos tratando de averiguar dónde estamos y en qué condiciones nos hallamos. Por desgracia, se han producido algunas muertes, no por impericia de la tripulación, pero confío en salvar las restantes vidas de pasajeros y tripulantes. Apenas sepa todos los detalles, emitiré un informe para conocimiento general.

Emily Carrish sonrió con simpatía.

—Muy amable, capitán. Gracias.

—A sus órdenes, señorita.

Los dos oficiales prosiguieron su camino. Un hombre les detuvo. Era Ugo Boletti, segundo ingeniero y encargado de las transmisiones.

—¿Capitán?

—Dígame, señor Boletti. —Wassikopf era muy puntilloso en el trato con sus subordinados.

—He estado tratando de comunicarme por el canal subespacial de emergencia, a fin de participar el accidente, pero he observado que la transmisión resulta imposible.

—¿Alguna avería?

—Los aparatos están en perfecto estado, capitán.

—Está bien; siga intentándolo y avíseme apenas haya conseguido contactar con la emisora de Diomede III.

—Sí, señor.

Wassikopf se volvió hacia Jommy.

—Será mejor que reúna a un grupo de tripulantes y les haga recoger los cadáveres, señor Rhelson.

De pronto, una puerta se abrió a dos pasos de ellos, y una mujer apareció bajo el dintel.

—¿Capitán? —preguntó en tono imperativo.

Los dos hombres se volvieron para mirarla. Ella prosiguió:

—Soy Anita Kyr, capitán. Deseo saber qué ha ocurrido.

—Lo siento, señorita Kyr. Todavía no ha llegado el momento de emitir un informe público —contestó el capitán.

—Me parece que no ha oído usted bien mi nombre—dijo la mujer—. Soy Anita Kyr y necesito estar mañana mismo en Diomede III. Mi boda está anunciada para el día siguiente, a las doce del mediodía, tiempo universal.

Jommy observó a la joven. Era alta, esbelta, de formas rotundas y sólidas, que en una mujer de inferior estatura la habrían hecho parecer casi obesa, pero que en Anita Kyr parecían tan lógicas como la imperativa mirada de sus ojos color gris acero. Tenía el cabello muy corto y apenas rizado, peinado casi como un muchacho y, aunque su vestido era sencillo, el tejido respiraba lujo y riqueza por los cuatro costados.

—Señorita Kyr—dijo el capitán con paciencia—, mucho me temo que, si no solucionamos pronto este problema imprevisto, su prometido deberá resignarse a retrasar la boda. Créame que lo siento...

—Capitán —le interrumpió ella —, me parece que usted no se ha dado cuenta de mi apellido, insisto.

Kyr, pensó Jommy. Minas de metales preciosos, de astronaves,

seguros, fundiciones... los pagarés de la Kyr, S. A. suplían a veces a la moneda estelar y eran tan sólidos como los billetes emitidos per el Primer Banco Galáctico. Incluso había quien decía que Tron Kyr, padre de Anita, poseía un planeta, como antaño, en la Tierra, habían existido excéntricos dueños de islas.

—Mi nave navega por chorros impulsores y no con nombres más o menos pomposos —contestó Wassikopf con glacial cortesía—. Excúseme, señorita Kyr.

Les dos hombres siguieron su camino. Al pasar por delante de una puerta abierta, oyeron unos sollozos.

Entraron en la cabina. Una mujer lloraba amargamente, mientras una muchacha de cabellos negros y rostro atractivo, vestida con un monopieza de color anaranjado, trataba de consolarla.

—¿Señorita Lappe?

La muchacha de los cabellos negros levantó la cabeza. Era Rona Lappe, la azafata de la astronave.

—Hola, capitán. Es la señora Frereal, que ha perdido a su esposo en el aterrizaje. Estoy tratando de consolarla.

—Muy bien, señorita Lappe —aprobó el capitán—. Mejor será que le propine un sedante.

—Sí, señor. Lo haré en seguida.

Momentos después regresaban a la cámara de mando.

Jommy tomó el altavoz:

A todos los tripulantes —llamó—. Reúnanse en el acto en la cámara de control de la astronave.

Cortó la comunicación y miró al capitán:

—No quiero decir en público que voy a constituir un pelotón de enterradores.

CAPÍTULO II

A mirada del capitán Wassikopf recorrió los rostros de los nueve hombres que tenía en círculo frente a sí.

—La situación es la siguiente —dijo—: Estamos detenidos en la superficie de un planeta, en el que, en estos momentos, es de noche. No se divisan estrellas, debido a la niebla que envuelve al menos este sector del planeta, ni tampoco funciona el transmisor subespacial, por causas que ignoramos.

Estamos aislados de nuestro destino y también del punto de partida. La inesperada avería que sufrimos en el grupo de energía de propulsión interestelar nos obligó a emerger al espacio normal y casi en este momento es cuando detectamos el planeta, en el cual habíamos decidido detenernos, a fin de reparar la avería. En ese momento fue cuando se produjo el accidente.

Wassikopf hizo una pausa.

—Han muerto diez pasajeros y dos tripulantes. Quedan veinticinco de los primeros y diez tripulantes, en total, treinta y cinco personas. Por todos los medios hemos de conservar la calma y la serenidad; nada más perjudicial que el pánico para ir directos a la catástrofe. Víveres hay suficientes para una larga temporada, así que no debemos preocupamos por este lado. En cambio, lo que sí me preocupa es el no poder tomar contacto con Diomede III, aunque me imagino que el señor Boletti hará todo lo posible para establecer la comunicación.

—Sí, capitán —dijo el aludido.

—Mientras nuestro ingeniero García repasa motores y propulsores, el segundo Rhelson hará una exploración de corto radio, pongamos cinco kilómetros como máximo, a fin de conocer los alrededores del lugar donde nos hemos detenido. Señor Rhelson, ¿opina conveniente llevar compañía?

Rhelson asintió:
—Sí, señor. Creo que lo mejor sería salir tres o cuatro al exterior, bien armados, por supuesto.
Gracias. Entonces, disponga todo para salir en el menor plazo posible. Ah, llévense un transmisor de radio individual. La nave será Centro Cero y ustedes tomarán como nombre clave Rama Uno.
—Sí, señor.
—No se separen; permanezcan a la vista en todo momento. Informen inmediatamente de cuanto observen fuera de lo normal.
—Entendido, capitán.
El suelo de la nave se movió de pronto. Rona, la azafata, se tambaleó a la vez que lanzaba un gritito de susto. El fuerte brazo del ingeniero García la sostuvo en pie.
—No es nada —sonrió el ingeniero.
Wassikopf dirigió a la muchacha una irritada mirada.
Estaba furioso.
—No olvide, señorita Lappe, que es usted una de las personas que más deben conservar la serenidad —le reprendió.
—Lo siento, capitán —contestó la muchacha en tono contrito.
Jommy parecía preocupado.
—Es la segunda vez que se mueve el suelo desde nuestra detención —observó—. ¿Habremos aterrizado sobre un suelo de origen volcánico?
—Es posible —convino el capitán—. Eso explicaría tal vez las sacudidas de la superficie de este planeta. —Se volvió hacia un individuo—. ¿Qué dicen sus cartas celestes, señor Nilsen?
—He buscado lo indecible y no he podido encontrar el menor rastro de planeta alguno en esta región de la Galaxia, señor —informó el oficial de derrota.
—Ya lo encontraremos —manifestó Wassikopf con serena confianza—. Nombre a los tripulantes que han de acompañarle y apréstense para salir cuanto antes.
—La atmósfera exterior es perfectamente respirable—dijo Nilsen—. Incluso más rica en oxígeno que la de tipo Tierra; la presión es de novecientos ochenta y siete milibares y la temperatura de veintiséis grados centígrados.
—¿Habremos ido a caer en un planeta de características tropicales? —apuntó el ingeniero García.

—Pronto lo sabremos —respondió Jommy, quien, en su interior, ya había decidido los tripulantes que iban a acompañarle—: Emmon, Ivanov, Feary, dispónganse para salir dentro de quince minutos.

—Sigue siendo de noche y no se ve una estrella para un remedio —manifestó Nilsen.

El joven abandonó la cámara de mando y se dirigió hacia la suya, donde tenía, en un armario, su equipo de exploración. Cuando estaba a punto de llegar, Anita Kyr salió a su encuentro.

—¿Teniente? —dijo en tono despegado.

—A sus órdenes, señorita Kyr.

—¿Qué noticias hay? El capitán prometió un informe, pero no ha dicho aún esta boca es mía.

—Lo siento —contestó él—. Sin órdenes expresas, no puedo decir yo nada. No obstante, si ello puede servirle de consuelo, habrá de saber que se ha designado una patrulla de exploración y que yo voy a dirigirla.

—Entonces, ¿no sabe aun cuándo zarparemos de nuevo? —preguntó Anita.

—Lamento contestarle negativamente, señorita Kyr.

Ella irguió el busto, a la vez que sus ojos lanzaban destellos de ira.

—Creo que tanto usted como su capitán están ignorando mi rango a propósito. ¿Sabe usted quién es el propietario de esta nave?

Pertenece a la empresa «Branson Starlines»...

De la cual, los Kyr somos accionistas mayoritarios —exclamó ella con voz enérgica—. Eso significa que, en la práctica, yo soy la propietaria de la nave, teniente Rhelson. Espero que haya sabido darse cuenta del sentido de mis palabras.

Jommy empezó a perder la paciencia.

—¿Por qué no va y se lo cuenta todo al capitán? —gruñó de mal talante —. ¿Es que no sabe hablar de otra cosa que de usted, de los Kyr y de su maldito y podrido dinero?

—¡Oh! ¡Insolente! —gritó ella, roja de cólera.

De pronto, levantó la mano y la estrelló contra la mejilla del joven.

Jommy se sintió acometido por un ramalazo de ira. También levantó la mano, pero en seguida se arrepintió de su colérico

impulso y la bajó antes de cometer una acción irreparable.

—A pesar de todo, sigue siendo podrido dinero —dijo.

—¡Haré que le despidan! —chilló Anita —. Haré que le degraden a simple limpiachorros; haré que...

—Hará que pierda la paciencia y la encierre en su cámara bajo siete llaves —la cortó él, furioso—. Y ahora, déjeme en paz; tengo que equiparme.

Giró sobre sus talones y se metió en el cuarto, cerrando de golpe.

Anita quedó unos momentos en pie, en el corredor, mientras su esbelto pecho subía y bajaba rápidamente a impulsos de la agitada respiración. Al cabo de unos segundos, se encaminó a grandes zancadas hacia la cámara de mando. Sus voces se oyeron a poco en toda la astronave.

Media hora más tarde, Jommy y sus hombres estaban dispuestos para salir. Puesto que el informe sobre la atmósfera era favorable, no llevaban traje espacial, aunque sí un pequeño depósito de oxígeno con máscara, a fin de prevenir posibles emergencias respiratorias. Dado que el citado traje espacial disponía de emisora individual y ellos no lo llevaban puesto, habían cogido una portátil, de la cual se había encargado Richard Emmon, un sujeto gigantesco, de expresión amargada y melancólica.

También llevaban una cantimplora con agua, una pequeña reserva de tabletas de alimentos concentrados y un rifle de luz sólida, capaz de perforar a cien metros un muro de cemento de dos de grueso. Los trajes que vestían eran livianos y de delgado tejido, dada la excelente temperatura que reinaba en el exterior. Finalmente, se habían colocado un casco dotado de un potente reflector, que les alumbraría el camino y, al mismo tiempo, les dejaría ambas manos libres para desenvolverse con normalidad mientras durase el tiempo de exploración.

Manuel García se colocó junto a la esclusa, a fin de realizar las maniobras de cierre y apertura. Boletti se acercó un instante:

—Jommy, prueba la radio en cuanto hayáis salido. Estaré a la escucha en el cuarto de transmisiones.

—O.K., Hugo.

En aquel momento llegó el capitán Wassikopf seguido de Anita Kyr.

—Señor Rhelson.

Jommy se volvió en el acto.

—¿Capitán?

—La señorita Kyr me ha informado del incidente que se ha producido entre ustedes hace unos momentos

—Sí, señor.

—Por el buen nombre de la tripulación y de usted mismo— añadió Wassikopf—, le agradeceré presenta sus excusas a la señorita Kyr aquí mismo y en este preciso instante.

Jommy realizó una profunda inspiración antes de dar su respuesta.

—Capitán, desearía no haber oído sus palabras —dijo.

Wassikopf enrojeció vivamente.

—Me parece que no me ha entendido bien, señor Rhelson. Dije qua pidiera perdón a la señorita Kyr.

La mirada del joven se cruzó con la de Anita. Esta le contemplaba con los brazos cruzados bajo el opulento seno, con expresión entre desafiante e irónica, mientras aguardaba sus palabras de excusa. Al darse cuenta de lo que pensaba la orgullosa joven, al ver que el poderío de su nombre y su fortuna había doblegado la rectitud del capitán Wassikopf, Jommy sintió una irrefrenable cólera que estuvo a punto de conducirle a una catástrofe.

Tras unos segundos de reflexión, decidió que no valía, la pena provocar un incidente aún más desagradable que el anterior por mantener su orgullo. En circunstancias normales, habría enviado al diablo a, los dos, a Wassikopf y a Anita, pero ahora era preciso pensar en la crítica situación en que se hallaban y que no convenía provocar escisiones, que ningún beneficio podrían reportarles.

—Está bien—dijo al cabo de unos segundos—. Señorita Kyr, le presento mis más humildes y sinceras excusas.

Una sonrisa de satisfacción distendió los labios de la joven. Volviéndose hacia Wassikopf, dijo:

—Muchas gracias, capitán. —Y se alejó de allí con paso rápido.

Hubo un momento de silencio. Las miradas de todos los presentes estaban fijas en el capitán y en su segundo.

Wassikopf se sintió incómodo de repente.

—Créame, señor Rhelson; no lo hice por mi gusto —dijo en tono

de disculpa —. Pensé en Tron Kyr y... y...

—Y en su patente de capitán de astronave y en el retiro del día de mañana, ¿no es cierto? —dijo el joven sin poder dominar el sarcasmo—. Está bien, capitán, pero, digamos lo que digamos, el de los Kyr sigue siendo podrido dinero.

—Habla usted como un anarquista del siglo XX —refunfuñó el capitán.

—Tal vez lo sea—contestó el joven—. Bien, muchachos; en marcha.

García manejó el control de apertura de la esclusa, a la vez que le guiñaba el ojo. Al pasar por su lado, dijo en voz baja;

—Has estado muy bien, chico. Sí, podrido dinero.

Jommy sonrió de mala gana. No era el «podrido dinero» de la joven lo que le preocupaba, sino que la despótica voluntad de la joven acabase imponiéndose a la más acomodaticia del capitán Wassikopf.

CAPÍTULO III

ENETRÓ una bocanada de aire cálido y maloliente al momento a través de la compuerta recién abierta.

—¿Estaremos en algún pantano? —sugirió Ivanov.

—Enciendan los reflectores individuales —ordenó Jommy.

Descendió la escalera y posó los pies en el suelo.

El olor no era agradable, aunque tampoco muy pronunciado. Casi más bien parecía el olor procedente de una cámara habitada y cerrada durante largo tiempo, sin ventilación de ninguna clase.

El suelo era algo blando, como de caucho, aunque permitía un caminar normal, sin dificultades. La luz que brotaba de los reflectores individuales de los cascos permitió a Jommy ver que era liso y con pendiente hacia la izquierda.

—Hace calor —se quejó Feary.

La compuerta se cerró a sus espaldas.

—Emmon, pruebe la radio.

—Sí, señor. —EI tripulante dio media vuelta al interruptor y empezó a hablar a través del micrófono—: Aquí, «Rama Uno», probando... Uno, dos, tres... probando «Rama Uno». Conteste, «Centro Cero». Cambio y paso a la escucha.

—«Centro Cero» al habla. Recepción perfecta, «Rama Uno». Cambio.

Emmon miró al joven.

—¿Alguna orden, señor?

—No. Diga que llamaremos si encontramos algo de particular.

—Bien, señor. «Centro Cero», aquí «Rama Uno». Todo en orden. Informaremos si es preciso. Cierro.

—«Centro Cero» a «Rama Uno». Buena suerte. Terminado y cierro.

—Andando —ordenó el joven.

Caminaron en fila india, moviendo de cuando en cuando la cabeza para observar los accidentes del terreno.

—Es curioso —observó de pronto Feary—. No se ve una sola hierba, ni una sola mata... —Levantó la cabeza—. Y ni una estrella.

—Vaya un calor —comentó Ivanov—. A mí me parece que hace más de los veintiséis grados que dijo el señor Nilsen.

—Tendremos que buscar luego un buen sitio para enterrar a los muertos —apuntó Jommy.

—Me gustaría saber en qué diablos de planeta hemos ido a caer —gruñó Ivanov—. Este silencio me escama, la verdad.

El suelo descendía a su derecha, pero, al mismo tiempo, tenía una leve pendiente ascendente en la dirección de su marcha, de modo que caminaban cuesta arriba, aunque sin ningún trabajo, dado el escaso ángulo de dicha pendiente. El olor continuaba, sin dar señales de desvanecerse.

El suelo tembló de pronto. Un leve rumor, que parecía producirse en las entrañas de la tierra, llegó de pronto a oídos de los exploradores.

—Cuidado, un terremoto —advirtió el joven.

Sintió que era elevado, como si el suelo ascendiese de pronto. Bajó la vista, divisando una pequeña protuberancia que no estaba unos segundos antes.

La elevación desapareció de pronto. Jommy notó con claridad el movimiento de descenso, que duró una escasa fracción de tiempo. La diferencia de nivel durante aquellos segundos había sido apenas de un metro.

—Este maldito planeta empieza a ponerme nervioso—gruñó Feary—. He visto muy poco de él, prácticamente nada, pero me parece que es cien veces peor que el más malo de los planetas que conozco.

—Creo que debemos dejarnos de comentarios y continuar la marcha. Ya sabemos que el suelo tiembla de cuando en cuando, pero estos terremotos no tienen la menor importancia, así que hagamos caso omiso de ellos —recomendó Jommy.

Caminaron cien metros más. De repente, Ivanov exclamo:

—Señor Rhelson, ¿se da cuenta de que no hemos vuelto siquiera la cabeza para ver cómo ha quedado la astronave?

—Pues...

Jommy no pudo continuar hablando. Un ruido extraño interrumpió su frase apenas iniciada.

Era el rumor de un torrente.

—¿Agua? —exclamó Ivanov.

—Será mejor que busquemos un punto alto —aconsejó Jommy —. A la izquierda, pronto.

El suelo ascendía con cierta rapidez a partir de aquel punto, alcanzando a los pocos metros una aguda inclinación que les impidió continuar su ascenso, sobre todo, al no existir ningún saliente al cual agarrarse. De pronto, un olor penetrante y ácido, hirió su pituitaria.

—¡Rayos, qué peste! —exclamó Feary.

—Las máscaras de oxígeno, pronto —ordenó el joven.

El ruido del torrente crecía por segundos. De súbito una corriente de líquido, de fuerza impetuosa, apareció ante sus ojos.

Los cuatro reflectores les permitieron ver correr el líquido con toda claridad. Era un arroyo de cuatro o cinco metros de ancho, que pasó a pocos pasos de sus pies, con rápidas ondulaciones, no obstante su extraña composición que les llenó a todos de asombro.

—¡Cielos! —gimió Feary—. ¿Qué es esto?

Jommy no había visto nunca nada semejante.

Era un arroyo de líquido amarillento, espeso, de consistencia casi siruposa, pese a lo cual se deslizáis por el fondo de aquel trozo de terreno con relativa velocidad. Siguiendo sus primeras oleadas con el reflector, Jommy hizo girar la cabeza hasta que, de repente, los rayos de luz chocaron contra la estructura de la astronave.

Entonces olvidó por un momento el arroyo y el olor ácido que se desprendía de su seno. Los otros también miraron e igualmente se quedaron atónitos.

La astronave no se veía en su totalidad, sino una parte de ella. La proa, afilada para volar a velocidades atmosféricas, desaparecía en el interior de una pared lisa, sin ningún relieve, aunque curvada como la sección interior de un cilindro. Y en cuanto a la popa, sucedía algo análogo; ni tan siquiera se advertía el nacimiento de las alas en delta que servían para que el aparato pudiese deslizarse por una atmósfera gaseosa.

—Es lo más grande que he visto en mi vida —comentó Ivanov, atónito.

—Cualquiera diría que nos hemos metido de través en un túnel —dijo Feary.

La comparación era exacta, pensó Jommy.

Mientras sus compañeros realizaban toda clase de comentarios —excepto el taciturno Emmon, el cual hablaba muy poco y sólo cuando se le interrogaba directamente—, él levantó el foco de luz, escorzando la cabeza hacia atrás todo cuanto le era posible. '

Entonces descubrió que las palabras de Feary eran muy acertadas.

La oscuridad que reinaba sobre sus cabezas y que podía achacarse a un cielo velado por las nubes, no procedía de este fenómeno, sino que era el techo del túnel —más bien un gigantesco tubo, se rectificó—, de color marrón muy pronunciado.

Recorrió las paredes del descomunal tubo con el haz de rayos luminosos. El color oscuro iba degradándose poco a poco hasta terminar en un gris claro, casi rosado y con alguna veta de amarillo pálida en el fondo, es decir, donde tenían apoyados los pies.

El líquido seguía corriendo con la misma velocidad. Se quitó un instante la máscara de oxígeno; el olor ácido y picante continuaba flotando en la atmósfera.

Frunció el ceño. Parte de la estructura inferior de la nave, por razón de la sección aproximadamente circular del tubo en cuyo interior se hallaban quedaba al aire. La corriente de aquel extraño líquido amarillento y consistente pasaba por el hueco.

—Entonces, no estamos en la superficie del planeta, sino debajo de la superficie —dijo Feary.

Jommy asintió.

—Emmon, la radio —pidió.

—Sí, señor.

Un momento después, llamaba a la astronave.

—«Rama Uno» a «Centro Cero». Cambio y paso a la escucha.

—«Centro Cero» a «Rama Uno». Adelante. Cambio —dijo.

—Tengo novedades —contestó el joven—. No estamos sobre el planeta, sino bajo su superficie.

Hubo una pausa de silencio.

—Rhelson —era la voz de Wassikopf—, ¿está seguro de lo que dice?

Rhelson dijo:

—Positivamente, señor; no cabe la menor duda.

Sugiero la conveniencia de que nadie abandone la astronave por

el momento.

—Pero ¿cómo podemos hallarnos en el interior del planeta? Al chocar contra un cuerpo sólido, la nave se habría destrozado por completo con todos nosotros dentro —exclamó el capitán.

—En apariencia, así debiera haber ocurrido, pero ignoro las razones por las cuales no se ha destrozado del todo. Con su permiso, continuaré la exploración. Informaré lo antes posible.

Una voz estridente surgió de pronto por el altoparlante del transmisor portátil.

—Pero, ¿qué imbécil de navegante fue el que nos trajo hasta aquí? ¿En qué escuela de labriegos aprendió a guiar una nave por el hiperespacio?

—¡Señorita Kyr! —sonó furiosa la voz de Nilsen.

—Cállese, imbécil —le apostrofó la orgullosa joven—. Por su culpa, estamos aquí y mi boda…

Otra voz se escuchó de repente. Era dulce y persuasiva, y Jommy la reconoció en el acto.

—Señorita Kyr, creo que no tiene razón al insultar así a los tripulantes. ¿Cree que lo hicieron adrede? —preguntó Emily Carrish.

—¡Váyase al diablo, viejo loro!

—Terminará mal si no sabe dominar ese insufrible orgullo—dijo la señorita Carrish con paciencia.

—Pero ¿qué demonios le pasa al capitán que no amordaza a esa estúpida? —gruñó Feary descontento.

Jommy meneó la cabeza. También él se sentía muy descontento. No acababa de comprender que el capitán Wassikopf se hubiese dejado avasallar por la despótica muchacha, salvo que los millones de los Kyr le hubiesen impresionado en demasía. Pero el carácter de un comandante de astronave debía mostrarse en todo momento y circunstancia y no permitir nunca que las características personajes uno de sus pasajeros, cualesquiera que fuesen, interfiriesen su criterio y su libertad de acción. Wassikopf empezaba a defraudarle.

—Esa loca está provocando un motín —rezongó Ivanov.

—Se merecería una buena tunda de azotes —dijo Feary irritado —. Sus millones no le dan derecho a obrar como lo está haciendo.

—Basta ya —corto ex joven. Llamó de nuevo a la nave—. «Rama Uno» a «Centro Cero». Prosigo la exploración. Termino y cierro.

Hizo una seña y Emmon movió el interruptor, cortando en seco una colérica frase de Anita Kyr.

—Sigamos —ordenó Jommy.

Ciento cincuenta metros más adelante, vieron que el diámetro del tubo en cuyo interior se hallaban empezaba a reducirse.

CAPÍTULO IV

ESE a todo, era un tubo enorme. Del techo al suelo, si tales definiciones podían utilizarse, habría unos quince metros, aproximadamente una cuarta parte del diámetro que tenía en el punto donde se había detenido la nave.

Jommy se paró un instante. Reflexionó algunos segundos en la frase que había pronunciado el capitán. «Al chocar contra un cuerpo sólido, la nave se habría destrozado con todos nosotros dentro.»

¿Por qué no había sido así?

—Esperen un momento —dijo.

Su voz sonaba un tanto distorsionada a causa de la máscara de oxígeno aunque, pese a todo, resultaba claramente inteligible.

Sus tres acompañantes se detuvieron. Jommy se arrodilló y tocó el suelo.

Era liso dentro de su curvatura casi cilíndrica, blando y elástico, aunque no en exceso, y estaba caliente, cosa que ya no extrañaba tanto si se tenía en cuenta la elevada temperatura que reinaba en el interior del tubo. Al apoyar las yemas de los dedos, rotó en el suelo una ligerísima vibración, como si circulara por el mismo una corriente eléctrica de leve intensidad.

—¿Encuentra algo nuevo, señor Rhelson? —preguntó Ivanov.

—No. —Jommy se puso en pie, con el ceño fruncido—. No, salvo que esto es lo más extraño que he visto en los días de mi vida.

A sus treinta y cinco años, había visto muchos y muy diversos planetas, con toda clase de formas vida —rocas vivientes, plantas con inteligencia, moluscos gigantes telépatas…—, pero nada comparable a aquel lugar.

De pronto, el nivel de la corriente líquida empero a descender.

Unos minutos más tarde, había desaparecido por completo.

Jommy se quitó la máscara. El olor picante se desvanecía con rapidez.

—Ahorren oxígeno —aconsejó—. Y sigamos adelante.

El diámetro del túnel ya no se estrechó más. A los doscientos metros, torcía de pronto hacia la derecha, a la vez que ascendía en una pendiente mucho más pronunciada, casi de treinta grados, en lugar de los cuatro o cinco que había tenido hasta entonces.

La cuesta tenía unos cincuenta metros de longitud. Les costó bastante remontarla, dada la total ausencia de asideros y su pronunciado ángulo de inclinación.

—Para bajar, será suficiente con sentarse en el suelo y dejarse ir —comentó Feary riendo. Pero su risa se apagó de inmediato—. ¡Jesús! ¿Qué es lo que estoy viendo?

—¡Plantas! ¡Vegetales! —exclamó Ivanov con alegría.

Jommy frunció el ceño. Toda la extensión del tubo que tenían ante sí estaba cubierta por una serie de largos tallos, altos de más de un metro, de color café con leche, con algunas vetas del mismo color, pero más claras y más oscuras, alternativamente. El grueso de cada tallo venía a ser el de un dedo pulgar en la base, en la que no se notaba la menor solución de continuidad con la pared del túnel, y se estrechaba a medida que ascendía, para terminar en una especie de copa o corola de hilos finísimos que se agitaban sin cesar, aunque con estremecedora lentitud. La separación entre cada tallo era de unos diez centímetros y las corolas de los que parecían diminutos arbolitos se tocaban mutuamente.

Lo extraño de todo no era la existencia de aquellas singulares plantas, sino que cubrían «por completo» el interior del tubo. Arriba, abajo, a derecha e izquierda, por todas partes hacia donde dirigían la vista, podía divisarse una espesísima y, al parecer, intraspasable capa de tallos, los cuales, a su vez, parecían moverse, oscilando en todos los sentidos unos centímetros, muy despacio. Jommy calculó que, para realizar una oscilación completa en sentido pendular, una planta tardaba al menos dos minutos.

Se sintió muy impresionado. La capa de tallos empezaba a pocos pasos del fin de la pendiente y allí el olor ácido y picante se acentuaba, aunque no tanto como cuando había circulado el torrente que se había agotado de tan inexplicable manera.

El suelo se agitó de pronto, como las veces anteriores. Jommy empezaba a preocuparse cada vez

—¿Seguimos, señor? —sugirió Feary.

Jommy vaciló. Casi era miedo lo que sentía, aunque, por otra parte, era preciso realizar una exploración lo más completa posible, a fin de salvar a la nave y a sus ocupantes de la crítica situación en que se hallaban.

De repente, Feary, sin esperar a la respuesta del joven, echó a andar.

Jommy presintió algo terrible.

—¡Quieto, Feary! ¡Atrás! —gritó.

Sus gritos resonaron con blandos ecos bajo aquella extraña bóveda cuyo fin no podía divisarse ni aun con la ayuda de los focos.

—Hay que seguir —objetó Feary, introduciéndose en el campo de tallos—. No son más que hierbajos, señor.

Jommy dio unos cuantos pasos, quedándose al borde del campo de tallos. De repente, percibió una repentina acentuación del olor picante.

—¡Feary! —gritó, presa de un pánico casi absoluto—. ¡Salga de ahí en el acto! ¡Le ordeno que regrese!

El tripulante se volvió.

—Pero, si no pasa nada, teniente —dijo—. ¿Ve usted? —Pisoteó unos cuantos tallos, que emitieron blandos chasquidos al ser quebrados por las patadas de Feary—. No ocurre nada...

De repente, Jommy sintió que se le erizaba el cabello.

¡Los tallos crecían rápidamente, convergiendo de forma amenazadora hacia el cuerpo del tripulante!

El olor entre ácido y picante se hizo insoportable. Incluso el habitualmente silencioso Emmon lanzó un bramido de aviso:

—¡Feary! ¡Sal de ahí antes de que sea demasiado tarde!

«Era» ya demasiado tarde.

En cuestión de unos segundos, los tallos, cuyas corolas habían triplicado al menos su tamaño, lo rodearon por completo, aumentando a la vez de longitud y de grosor. Caían sobre Feary desde todas partas: ascendiendo casi de forma vertiginosa desde el suelo, proyectándose desde los laterales del tubo y descendiendo del lecho como lanzas de muerte.

Sonó un grito desgarrador.

—¡Salvadme, muchachos!

Jommy gritó:

—Los rifles de luz sólida, pronto.

La orden de Jommy fue cumplimentada en el acto. El joven se echó su rifle a la cara y presionó el interruptor en forma de gatillo.

¡El rifle no disparó!

Abrió la boca, estupefacto. Era incomprensible.

—¡No funcionan, señor! —chilló Ivanov, apretando el gatillo una y otra vez sin resultado alguno.

El cuerpo de Feary había quedado ya oculto por el enorme enjambre de tallos que lo rodeaban por todas partes. Sus gritos tenían desgarradoras resonancias

—¡Me queman! ¡Me abraso!

De pronto se oyó un espantoso gorgoteo. Brotaren unos sonidos inarticulados, semejantes a los que podrían salir de una garganta en la que se hubiese introducido un puñado de algodón, pero no tardaren en cesar del todo.

Un denso silencio gravitó sobre los espectadores de la terrorífica escena. Jommy y sus dos compañeros retrocedieron unos pasos; varios tallos se habían alargado hacia ellos como si buscaran hacer presa en sus cuerpos.

El joven se colocó la máscara de oxígeno; el olor que se desprendía en aquel lugar infernal, además de penetrante, resultaba casi narcótico. Sintió náuseas y espasmos de estómago, aunque ni siquiera se atrevió a beber un poco de agua, temeroso de vomitar allí mismo.

Luego, Ivanov lanzó un agudo grito:

—Los tallos se repliegan.

Era cierto. Con espasmódicas titilaciones, los tallos se encogían, disminuía el diámetro de sus corolas, y su grosor y altura se reducían a ojos vistas.

Un minuto más tarde, habían recobrado su tamaño habitual. Entonces, los tres exploradores vieron algo que les hizo dudar de su claridad de juicio y de la integridad de sus sentidos.

¡Feary había desaparecido!

Sólo quedaban de él las partes metálicas de su equipo. Pero todo lo demás ya no se veía; ropas, calzado… todo cuanto no era metal, había desaparecido por completo.

—Ni siquiera los huesos —murmuró el joven, absorto y espeluznado.

—¿Eran plantas carnívoras? —apuntó Ivanov, todavía temblando de miedo.

—Es posible —musitó el joven.

Recordaba los espantosos gritos que había lanzado el desgraciado. «¡Me queman! ¡Me abraso!» Y, unos jugos supuestamente gástricos, muy ácidos, de un gran poder disolvente, ¿no debían producir unas sensaciones semejantes a las descritas por el desdichado Feary segundos antes de morir de tan horrible manera?

—Regresemos a la nave —decidió de pronto, acobardado por lo que acababan de apreciar.

Descendieron la pendiente dejándose resbalar por la misma, tal como había predicho el infeliz Feary momentos antes. Pero todavía no habían terminado las violentas emociones de aquella desagradable exploración.

De pronto, al llegar al final de la pendiente, cuando estaban incorporándose, ocurrió algo inesperado.

Frente a ellos, con gran lentitud, pero sin interrupción alguna, se abrió una grieta de bordes redondeados, casi rosáceos, que poco a poco fue ensanchándose hasta quedar convertida en una abertura circular de dos metros y medio de diámetro. Los bordes de la grieta sufrieron unos cuantos espasmos y, de pronto, un sordo bramido anunció la irrupción de un torrente de líquido.

La masa fluente saltó en amarillenta cascada sobre el suelo del túnel y empezó a deslizarse rápidamente hacia abajo. Jommy y sus dos hombres se vieron obligados a replegarse sobre la pendiente, a fin de no ser alcanzados por aquella corriente, en cuyo seno le pareció advertir algunos grumos del tamaño de la cabeza de un hombre y de mayor consistencia que el líquido que los arrastraba hacia Dios sabía qué insondables profundidades.

Y en aquel momento, Jommy Rhelson concibió una idea, una horrible sospecha, tan espantosa, que se quedó sin aliento y hasta creyó que el pulso se le había parado.

Hubieron de esperar algunos minutos a que el nivel de la torrentera hubiera descendido lo suficiente para poder continuar el camino sin riesgo. Poco más tarde, avistaban la nave.

Cuando trepó los peldaños de la escalera que le conducía a la esclusa de acceso, aún no había solucionado consigo mismo aquel angustioso dilema que le había planteado la idea concebida.

¿Comunicaría sus sospechas al capitán Wassikopf o callaría por el momento?

Temeroso de correr un ridículo que le hubiese acarreado sin duda una pérdida de prestigio, decidió callar hasta tanto no hubiese adquirido pruebas más concretas que viniesen en apoyo de sus sospechas.

CAPÍTULO V

ESPUÉS de la exposición de los hechos, la cámara cayó en un profundo silencio. Los tripulantes se miraban unos a otros con aire amedrentado y no había ninguno que se atreviera a hablar.

—Me pregunto de qué naturaleza será este planeta —dijo por fin Ugo Boletti—. Si fuese como los demás que conocemos, es decir, más o menos sólido y de los minerales corrientes que estamos habituados a hallar, todos nosotros habríamos perecido ya en el choque, puesto que la astronave se hubiera destrozado por completo. Y, sin embargo, no ha sido así.

El suelo se movió de pronto con una de aquellas sacudidas a las cuales se iban habituando ya.

—Recomiendo a los presentes —dijo Jommy de pronto— que midan el tiempo que hay entre sacudida y sacudida.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el capitán extrañado.

Jommy Rhelson estaba mirando la esfera de su reloj.

—Tengo un particular interés en conocer el detalle —dijo—. Me parece que debe haber un intervalo aproximadamente igual entre cada movimiento del suelo.

—Quizá haya una gran fuente termal en las inmediaciones— sugirió el ingeniero García.

—No. —Jommy meneó la cabeza—. No creo que se trate de una fuente termal de tal potencia como para sacudir incluso la astronave, que pesa millares de toneladas. Recordemos que el túnel de las plantas carnívoras se agitó también, lo cual quiere decir que estos movimientos deben producirse en el interior del planeta.

—A mí lo que me preocupa es por qué no funcionaron las armas de luz sólida —gruñó Ivanov —. ¿Se dan cuenta de que, en tal caso, estamos por completo desarmados? Sólo contamos con los cuchillos

de cocina y…

—Hay picos y palas también para casos de emergencia—apuntó Boletti con suavidad.

—Eso me recuerda una cosa —dijo de pronto el capitán, mirando a Jommy—. Señor Rhelson, hay doce cadáveres a los cuales hemos de dar cristiana sepultura.

—Algunos de ellos será preciso meterlos en mantas y coserlos; están convertidos en pasta—dijo Tiflin, provocando gestos de repugnancia en algunos de los presentes.

—Yo me encargaré de esa tarea —se ofreció el taciturno Emmon.

—Gracias —dijo el capitán. Hundió la cabeza entre las manos—. Cuando hayamos terminado con esa penosa tarea —añadió con voz sorda —, haremos una prueba para salir de aquí.

—¿Cómo? —quiso saber el joven.

—Haciendo actuar los chorros propulsores a la máxima potencia compatible con la seguridad personal—contestó Wassikopf sin levantar la vista.

Jommy torció el gesto. En su opinión, no era la forma de solventar el angustioso problema que se les había planteado de forma tan inesperada. A su juicio, convenía realizar otra exploración hacia abajo, en sentido diametralmente opuesto al que habían seguido antes, con el objeto de buscar una salida al exterior. Puesto que los líquidos corrían hacia abajo, era lógico pensar que debía de existir alguna salida, que acabarían encontrando de una forma u otra.

Se puso en pie.

—Voy a tomarme una taza de café —exclamó de pronto —. Siento que la estoy necesitando.

Se dirigió al salón comedor, donde había una fuente automática que proporcionaba la citada infusión, mediante el manejo de un interruptor situado junto al grifo. Tomó un vasito de papel impermeable y lo llenó de café, fingiendo no advertir las miradas llenas de aprensiva curiosidad de las personas que había en aquel lugar.

Una voz sonó de pronto a sus espaldas.

—¿Teniente?

Jommy sorbió un poco de café antes de enfrentarse con la

orgullosa Anita Kyr.

—Dígame, señorita —contestó.

Quiero saber el resultado de su exploración —dijo ella en tono soberbio, dictatorial—. Y los que estamos aquí presentes también —añadió—. No olvide de que somos pasajeros que hemos pagado religiosamente nuestro billete y que tenemos perfecto derecho a conocer los motivos de la suspensión de muestro viaje.

—Perdón, señorita —objetó él—; suspensión no es la palabra exacta, dado que el viaje se reanudará así que tengamos ocasión para ello. Digamos más bien detención momentánea.

—Es igual, el nombre no hace a la cosa. ¿Qué tiene usted que decirnos, teniente? —preguntó ella en tono desafiante.

—Nada. No soy la persona indicada para informar de la actual situación. Diríjase al capitán Wassikopf; por el momento, es el único que está en condiciones de hacer público lo que sucede, si lo cree oportuno.

—El capitán Wassikopf —exclamó Anita con desprecio—, Oiga, teniente, ¿piensa que somos tontos? Partieron cuatro hombres; sólo han vuelto tres, ¿Qué se ha hecho del cuarto? Está muerto, no lo dude ni trate de engañarnos con especiosos pretextos que ninguno creeríamos. Queremos saber de una vez lo que ocurre —exigió con voz casi descompuesta.

—Señorita Kyr—dijo de pronto una voz de tonos suaves y persuasivos—, ¿por qué no deja que sean los oficiales quienes se ocupen de nuestra salvación? ¿Acaso piensa usted que lo que sucede ha ocurrido voluntariamente?

Anita se revolvió furiosa hacia la pacifica Emily Carrish, que era quien acababa de hablar.

—Lo único que sé es que no vamos a llegar a Diomede III y que mi boda se irá al diablo si no aparezco yo.

—¿Tan poco la quiere su prometido que no es capaz de esperar unos días más? —preguntó el joven en tono socarrón.

—Si ese hombre la ama —terció de nuevo la señorita Carrish—, esperará todo el tiempo que sea. ¿O es que se casa sólo por su dinero?

—¡Tiene tanto como yo o más! —gritó Anita llena de furor—. Larry Beresford...

¿El propietario de las Empresas Beresford? —exclamó Jommy de

pronto—. ¿Con ese cuarentón barrigudo y pelón se va casar usted? Ah, claro, lo había olvidado —añadió con burla —; el podrido dinero. Ahora, con ese matrimonio, se formará una ultrapoderosa sociedad, la Beresford-Kyr, que intervendrá hasta en las reacciones nucleares que se producen en el seno de las estrellas.

Alguien soltó una risita al escuchar las palabras del joven. Anita se enfureció aún más.

—¡Haré que le despidan apenas lleguemos a Diomede III!—chilló, con los ojos echando llamas—. ¡Asqueroso insolente!

Y por segunda vez, alzó la mano con ánimo de estrellarla contra el rostro del joven.

En esta ocasión, sin embargo, Jommy fue mucho más rápido. Su mano se cerró sobre la muñeca de la irritable muchacha, presionando con fuerza hercúlea, a la vez que le dirigía una colérica mirada.

—¡Escuche! —dijo en voz tonante—. ¡Ni usted ni sus malditos millones me importan un rábano! ¡Es tan estúpida como rica, que ya es decir, y al parecer, la han educado con una mentalidad medieval, que la hace creer que por el solo hecho de ostentar el apellido Kyr, todos los demás debemos rozar el suelo con nuestra frente, cada vez que pasa usted por nuestro lado! Le aconsejo que no vuelva a insultarme ni a dirigirme epítetos ofensivos, porque de lo contrario la encerraré en el camarote con doble vuelta de llave... ¡y a ver si el capitán Wassikopf se atreve a desautorizar a uno de sus oficiales! ¿Me ha comprendido usted?

Anita se quedó paralizada por el estupor. Abrió la boca, pero no encontró palabras con las cuales contestar a la furibunda filípica que acababan de dirigirle.

Emily Carrish, sensatamente, intervino para evitar que la cosa pasara a mayores.

—Por favor, teniente —dijo con acento persuasivo, pasando su brazo por el talle de la muchacha—, tenga en cuenta que la señorita Kyr, como todos nosotros, está nerviosa e impaciente por la situación en que nos hallamos. Unos dominamos mejor nuestros nervios que otros, eso es todo, trate de comprenderlo, se lo ruego.

Jommy soltó la muñeca de la joven.

—Lo hago en atención a usted, señorita Carrish —dijo sonriendo de mala gana—. Créame, cuando el capitán Wassikopf lo estime

oportuno, ya hará un informe público de nuestra situación. Sin embargo, por ahora, puede tener la seguridad de que ninguno de los supervivientes corremos el menor peligro.

—Muchas gracias, señor Rhelson —sonrió la anciana—. Venga conmigo, señorita Kyr.

Anita se desasió con brusquedad del brazo de la buena mujer.

—Déjeme en paz —barbotó furiosa. Y se marchó a grandes zancadas del comedor.

Emily Carrish sonrió de modo comprensivo.

—Esta juventud —comentó.

Jommy movió la cabeza, esforzándose por sonreír también. Luego, inclinándose, recogió el vaso de papel que se le había caído al suelo durante el breve forcejeo sostenido con Anita Kyr y lo arrojó en el orificio correspondiente, que conducía al expulsor de desperdicios. Sacó un cigarrillo de encendido automático y expulsó el humo con evidente placer.

De repente, un hombre apareció en la puerta del salón.

—Teniente —dijo, visiblemente agitado—, haga el favor de venir; el capitán le llama.

—Bien, Ivanov.

El joven acudió a la cabina de mando. Al llegar allí, vio que Wassikopf le contemplaba con expresión suplicante, casi plañidera.

Jommy preguntó:

—¿Qué sucede, capitán?

Se sintió enojado por un lado y aprensivo por otro, al observar que, en tan poco tiempo, la moral de Wassikopf ofrecía síntomas de un inminente derrumbamiento.

—Emmon se lo explicará, teniente —contestó Wassikopf con voz insegura.

Jommy se volvió hacia el aludido. Éste anunció:

—Resulta imposible enterrar los cadáveres, señor.

—¿Qué? —exclamó el joven, aturdido.

—Así es —terció el ingeniero García—. Yo mismo me ofrecí voluntario para cavar las tumbas. El suelo deja entrar la punta del pico y el filo de la pala, pero los repele casi acto seguido, sin permitir una penetración superior a los quince o veinte centímetros y, por supuesto, no se despedaza como sería de esperar en un suelo de tierra normal. Ignoro qué es lo que sucede, pero ésta es la

realidad y a ella me atengo. Venga conmigo, por favor.

—¿Qué dice el capitán? —preguntó el joven, ya en la esclusa de salida.

García hizo una mueca de disgusto.

—No tengo por costumbre hablar mal de nadie, aunque tengo la impresión de que el capitán ha perdido la iniciativa, cosa que, como comprenderá, no puede beneficiarnos en absoluto.

—¿Por culpa de la niña estúpida esa? —dijo Jommy, aludiendo a Anita Kyr.

—En parte sí, aunque éste es un problema que tiene fácil solución, encerrándola bajo llave. El problema más agudo para el capitán Wassikopf es hallarnos en esta situación, sin ver ni oír —a través de la radio naturalmente —y sin saber qué hacer para seguir adelante.

—A todos nos pasa igual —refunfuñó Jommy—. El caso es poseer ánimo suficiente para vencer las dificultades.

—Eso es lo que le empieza a faltar al capitán —comentó García.

Jommy meneó la cabeza.

—Bueno, vamos a ver cómo está el suelo —dijo.

Salieron de la nave, provistos de sus respectivos cascos con reflector. A cincuenta pasos, un grupo de hombres esperaba, herramientas en mano, una orden que les hiciera actuar en un sentido u otro. Los cadáveres se hallaban tendidos, envueltos en sendas mantas, a pocos pasos de distancia.

Jommy se acercó a uno de los tripulantes.

—Emmon, déjeme el pico, por favor.

—Sí, señor.

El joven asió el mango de la herramienta, la levantó por encima de su cabeza y descargó el golpe con todas sus fuerzas, que no eran pocas. La punta de hierro se hundió cosa de veinte centímetros en un terreno que notó un tanto blando y flexible.

Ahora, al mover el pico, hubiera debido extraer un terrón de tierra o algo por el estilo. Pero no sucedió nada de lo que esperaba; ni siquiera pudo arrancar la herramienta del lugar donde la había hincado.

Tiró dos o tres veces, sin poder conseguirlo. Miró en torno suyo, con aire de desconcierto.

El silencio era absoluto. De pronto, el suelo «escupió» el pico.

Sin convulsiones ni estremecimientos, el trozo de hierro que estaba hundido en el suelo, afloró a la superficie, tras de lo cual, la herramienta se inclinó a un lado y terminó por caer.

Jommy se arrodilló y pasó sus dedos por el suelo, sin encontrar la menor señal del golpe de pico. En medio de un silencio total, se puso en pie y miró al ingeniero.

—Esto no me gusta —gruñó García.

—Teniente —dijo Boletti—, ¿cuál es su opinión?

—Hay muchos planetas raros en la Galaxia —contestó Jommy.

—Como éste, ninguno —afirmó el operador de radio.

—Sí—admitió el joven—. Perdonen, voy a ver al capitán.

El capitán le dio plena libertad de acción. Jommy se dio cuenta de que las manifestaciones de Manuel García poseían un fondo indudable de certeza. Y el advertirlo no pudo por menos que ensombrecer su perspectiva del porvenir.

CAPÍTULO VI

ASADAS veinticuatro horas, los tripulantes celebraron una reunión a puerta cerrada.

El día anterior se había efectuado una intentona de despegue. Los chorros impulsores habían funcionado unos segundos, pero luego se habían apagado por sí solos, sin que nadie comprendiera la causa. La astronave no se había movido un centímetro del lugar en que se hallaba.

Wassikopf no asistía a la reunión. Jommy había ido a buscarlo y se lo había encontrado en su camarote, dormido por completo a causa de los efectos del alcohol que había ingerido. Era evidente que el capitán buscaba así una evasión para aquel problema que se sentía incapaz de solucionar.

—No podemos contar con él —habló Jommy, apenas tuvo reunida a la tripulación—. Lo siento, pero es así y no quiero que nadie considere esto como un motín, sino una simple exposición y admisión de los hechos.

—Es preciso deshacernos de los cadáveres —dijo Tiflin—. Tenemos que pensar en los vivos y no podemos desocupar los frigoríficos para meter en ellos los cadáveres.

—Se me han ocurrido dos soluciones —respondió el joven—. Una de ellas quizá sea demasiado bárbara, según para quien... en realidad, no pudiendo darles sepultura, ninguna de ambas soluciones parece muy adecuada para los muertos, pero como muy bien ha dicho el señor Tiflin, tenemos que pensar en los vivos.

—Hable, Rhelson —dijo García.

—Podemos llevarlos al túnel de las plantas carnívoras... o dejarlos en el punto de nivel más bajo de este túnel, para que los arrastren ese arroyo que surge de cuando en cuando y se los lleve Dios sabe dónde.

—Yo no vuelvo a aquel maldito túnel ni aunque me pongan una pistola en el pecho —mascculló Ivanov—. Lo siento, teniente, pero es

así.

—Dejaremos los cuerpos en el suelo y que se los lleve la corriente —resolvió García, cuyo carácter de ingeniero maquinista de la nave le confería bastante autoridad.

—De acuerdo. —Jomny se volvió hacia la azafata—. ¿Cómo están los pasajeros, señorita Lappe?

—Imagíneselo, señor. Con los nervios a flor de piel. Anita Kyr no hace otra cosa que soliviantarlos y ni siquiera son suficientes los esfuerzos de la señorita Carrish para mantener la tranquilidad.

—Tendrá que encerrarla, Jommy —dijo García.

—Sí, eso creo. Bien, ahora, lo que vamos a discutir es la segunda expedición exploratoria. Yo la mandaré —dijo el joven—. ¿Algún voluntario?

—Yo. —La mano de Emmon fue la primera en alzarse.

García le siguió a continuación. Pero nadie más quiso acompañar al joven.

Jommy no se atrevió a decirles nada; harto comprendía su forma de pensar. Y, en realidad, no les podía exigir que le acompañasen; eran miembros regulares de una tripulación de astronave, educados e instruidos para moverse dentro de los angostos límites de un aparato como aquel en que se hallaban o en mundos con un mínimo de semejanza a los que ya conocían. Pero aquel extraño planeta era diferente a todos y entendió que era lógico que se sintiesen amedrentados.

—Está bien —dijo—. Vamos a prepararnos en seguida. Ah, se me olvidaba. Llevaremos una sierra mecánica; tal vez esta herramienta nos sirva mucho mejor que los picos y palas que ya se han mostrado inútiles por completo.

—Prepararé los equipos ahora mismo —dijo Emmon. Y se fue.

El suelo tembló. Jommy consultó su reloj.

—Estos movimientos siguen siendo precisos en sus intervalos —observó—. Setenta y dos minutos entre cada uno de ellos.

—Me gustaría conocer el origen —refunfuñó Boletti.

Jommy prefirió callar. La hipótesis que había concebido el día anterior tomaba fuerza en su ánimo a cada momento que transcurría.

—A mí también —contestó—. Bien, cuando hayamos partido, coloquen los cadáveres en el punto más bajo del suelo y dejen que

se los lleve la corriente. Es triste tener que verse obligados a aceptar este recurso, pero, dadas las circunstancias actuales, no nos queda otra opción. ¿Vamos, Manuel?

El ingeniero se puso en pie. Los dos hombres salieron de la cámara.

—Una vez me dijeron que Wassikopf era hombre pusilánime— comentó García —y que si le salía una piedrecita en el camino, no sabría qué hacer para apartarla. Pensé que mi informador era un tipo exagerado, pero ahora veo que tiene razón.

—Si salimos de aquí, ya puede despedirse de sus galones —murmuró el joven en tono sombrío—. Sentiré tener que emitir un informe acerca de su actitud, pero, como comprenderá, no puedo callarme. Es doloroso tener que hablar así de un compañero; sin embargo, resulta necesario decir la verdad sobre su comportamiento y más en una situación como la presente.

—Tiene razón —aprobó el ingeniero.

Poco más tarde, cuando estaban terminando de alistarse para salir de la nave, se les acercó Anita Kyr. Como un satélite suyo, Emily Carrish la seguía a pocos pasos de distancia.

—Teniente —llamó ella con su habitual tono altanero.

—Estoy a su disposición, señorita Kyr —contestó Jommy.

—No me haga reír —Anita habló en tono agrio—. Usted no está a disposición de nadie que no sea… En fin, éste no es el asunto que me ha traído hasta aquí. Tengo entendido que van a realizar otra exploración, ¿no es verdad?

—Lo es —respondió el joven.

—Muy bien—contestó Anita—. Yo quiero ir con ustedes.

Hubo un momento de silencio. Jommy contenía a duras penas los vivísimos deseos que sentía de dar a la joven una respuesta adecuada a su orgullosa forma de hablar y de actuar, pero, pensando más en el momento actual que en su futuro particular, consiguió mantener la ecuanimidad.

Anita habló de nuevo antes de que él hubiese conseguido darle una respuesta.

—He hecho safaris en alguno de los planetas más peligrosos de la Galaxia —manifestó—. No creo que los peligros que nos acechen aquí sean mucho mayores que, por ejemplo, los de Gavarion IX… si es que oyó alguna vez hablar de ese planeta, teniente.

—Sí. Una vez, un amigo me contó que se había producido una epidemia en Gavarion IX y que todas las fieras se habían muerto de miedo. Ahora me explico el origen de la epidemia —contestó Jommy con voz burlona.

García no pudo contener una risita. Anita se enojó.

—¡Teniente, no le tolero que...!

De pronto, la vista del joven se posó sobre la señorita Carrish, la cual le hacía unos signos afirmados. Comprendió bien pronto; la anciana solterona le decía que accediese a la petición de la muchacha.

Lo entendió rápidamente. Llevándose a Anita en la expedición, quitaba por algún tiempo de la nave un elemento corrosivo y disolvente, sobre todo para los ánimos de los pasajeros, no habituados en absoluto a situaciones tan críticas. Y, por otro, el ejercicio y la excitación producida por otros motivos, servirían para inquietar un poco el vehemente carácter de la muchacha.

—De acuerdo —contestó de pronto, atajando sus protestas—. Vaya a prepararse, pues salimos en el acto.

—Gracias —contestó ella con la altivez de costumbre.

Media hora más tarde, Jommy, Anita, García y Emmon salían de la nave.

—No lo olvide, Tiflin —recomendó el joven al contramaestre—; deje los cadáveres para que se los lleve la corriente. Y mantenga a un hombre siempre de vigilancia ante la radio.

—Bien, señor.

Las cuatro personas emprendieron el camino en sentido inverso a la vez anterior. Jommy iba delante, sin otras armas que un cuchillo de cocina, ya que las pistolas de luz sólida se habían mostrado inoperantes. Los reflectores individuales, la carga de cuyas baterías podía durar veinticuatro horas seguidas, permitían una iluminación casi total del ambiente en que se hallaban.

Caminaron durante una hora. El túnel, cuyo diámetro no cedía, se retorcía en ocasiones, trazando eses horizontales, como los meandros de un rio de llanura. De pronto, llegaron a una bifurcación.

Ahora se abrían dos túneles ante ellos, ambos de idéntico diámetro y con una distancia del suelo al techo de unos cuarenta y cinco o cincuenta metros. Los exploradores se detuvieron, indecisos,

sin saber qué camino tomar.

Jommy se asomó alternativamente a la entrada de los dos túneles. En el de la izquierda, a unos doscientos metros de distancia, divisó la boca de acceso a otro túnel como aquél en que había sufrido Feary una muerte tan horrible; del suelo al borde de la boca de entrada habría unos treinta y cinco metros de fuerte pendiente y no era difícil imaginarse lo que había más allá. En cambio, el túnel de la derecha parecía continuar sin alteraciones durante un espacio cuyos límites les resultaba imposible de calcular.

De repente, el ingeniero dejó escapar una exclamación de asombro.

—¡Jommy! ¿Se ha fijado usted en esto?

García señalaba el punto de unión entre los dos túneles. Al examinarlo con mayor atención, Jommy se dio cuenta de que tenía todo el aspecto de una gruesa columna, como de dos metros de diámetro, que sostuviera verticalmente el techo en aquel lugar. Sin embargo, a doce o quince metros del suelo, la columna se ensanchaba en copa de palmera, confundiéndose luego poco a poco con el resto de la estructura de aquel sitio tan singular.

Jommy apoyó la mano sobre la pared externa de la columna.

—¿Qué diablos será? —masculló.

—¿Por qué no tratan de averiguarlo? —sugirió Anita Kyr.

Jommy volvió la cabeza.

Preguntó:

—¿De qué manera?

—Ese hombre —señaló ella a Emmon—, tiene una motosierra. Utilícela.

—Es verdad —convino García —. Probemos a ver si el terreno aquí resiste a la acción de los dientes de la sierra.

—Muy bien —accedió el joven—. ¿Emmon?

El hombre puso en funcionamiento la sierra mecánica, movida por una pequeña pero potente batería eléctrica. Colocó la herramienta en posición horizontal y en seguida aplicó la movediza hilera de dientes de acero a la columna.

La sierra mordió de inmediato, sin encontrar una excesiva resistencia en la estructura de la columna. Jommy, García y Anita observaban con suma atención los progresos de la obra.

De súbito, la columna se abrió horizontalmente en una extensión

de más de metro y medio. Un violentísimo chorro de líquido rojo y espeso brotó por aquella grieta, alcanzando hasta una distancia de seis u ocho metros, con un ruido sordo de torrente contenido a gran presión en una tubería.

Anita lanzó un agudo grito. Alcanzada en parte por el chorro de líquido, hubiera caído al suelo, a no haber sido por la fuerte mano del joven, que la agarró por un brazo y la retiró a un lado. La potencia de la fuente era tal, que la motosierra fue arrancada de las manos de Emmon y proyectada a unos cuantos metros de distancia.

Jommy se quedó tan estupefacto al ver aquel surtidor de líquido rojo, que ni siquiera hizo caso de las lamentaciones de Anita, quien se quejaba de tener las ropas empapadas y manchadas casi en su totalidad. Tenía los ojos fijos en el chorro, que no daba señales de ceder en su intensidad.

Miró a los otros dos hombres. Emmon aparecía serio y concentrado. En cuanto a García, tenía la boca abierta de par en par, mudo de asombro por lo que estaban viendo.

—¡Es sangre! —exclamó de pronto el ingeniero.

Las quejas de Anita cesaron en el acto.

—¿Sangre? —repitió.

Hubo un momento de silencio. De pronto, con más asombro todavía, vieron que el caudal de la fuente empezaba a decrecer.

Con ojos dilatados por la estupefacción, vieron que la grieta se reducía rápidamente, cerrándose por sí sola. Un par de minutos más tarde, ya no quedaba otra señal de la misma, que una débil línea rosada y un gran charco de líquido rojo en el suelo, del que partían unos arroyos que serpenteaban hacia abajo.

—Sangre —murmuró el joven, sintiendo que se le helaba la que circulaba por sus propias venas.

García le miró. Tenía el rostro pálido como el de un difunto.

—¡Dios mío! —murmuró el ingeniero, aterrado—. Pero eso significa que...

Se interrumpió. No se atrevía a expresar en voz alta lo que pensaba. Su nuez subió y bajó espasmódicamente unas cuantas veces.

De pronto, antes de que pudieran añadir un comentario a lo que acababan de presenciar, llegó a sus oídos un rugido aterrador.

Los cuatro pares de ojos se volvieron hacia arriba. El bramido

aumentaba de volumen a cada segundo que transcurría.

Jommy sintió que se le erizaban los cabellos.

—¡El torrente! —gritó—. ¡Y esta vez viene más crecido que nunca! ¡Corramos o moriremos ahogados!

CAPÍTULO VII

GARRANDO la mano de Anita, Jommy tiró de ella.

—¡Sígame, pronto! —gritó.

Echaron a correr, perseguidos por el atronador rugido del torrente, que ya se hacía ensordecedor. Jommy les guió hacia el túnel pequeño que había en el ramal izquierdo; si era como el que había muerto Feary, tenían una posibilidad de salvar la vida.

A menos, pensó, mientras movía las piernas a toda la velocidad posible, que esta vez el torrente ocupase todo el ámbito del túnel, en cuyo caso, su suerte estaba echada de forma irremisible.

Alcanzaron la pendiente de entrada al otro túnel y empezaron a trepar a la carrera, usando pies y manos. Cuando estaban a mitad de la cuesta, oyeron un estrépito aterrador.

Las vanguardias líquidas del torrente amarillento acababan de llegar a la bifurcación, levantándose en agitadas olas de sucias espumas que daban náuseas sólo con mirarlas. El olor ácido se hizo de repente insoportable.

—¡Arriba, arriba, pronto!—aulló Jommy.

Gateando desesperadamente, consiguieron llegar al borde superior, justo en el momento en que las primeras oleadas de aquel gigantesco arroyo, de nivel muy superior a cuantos hablan visto hasta entonces, alcanzaban la base de la pendiente. Jommy agarró por debajo de los brazos a la muchacha y la obligó a sentarse en el suelo.

—Póngase la máscara de oxígeno y no se mueva para nada —ordenó.

Anita obedeció esta vez sin rechistar. El ruido era realmente atronador y martirizaba sus tímpanos. En pocos momentos, el nivel

de la corriente alcanzó casi la entrada del túnel secundario.

Jommy volvió la cabeza. Allí, a pocos pasos de distancia, se veían aquellas plantas singulares, cuya actividad les llevaba a disolver un cuerpo humano en contados minutos. Miró de nuevo al torrente.

El nivel del líquido continuaba subiendo.

Jommy se dio cuenta de que su situación era más crítica que nunca. Ignoraba los motivos de tan singular afluencia de líquido, pero pudo darse cuenta que, si seguía subiendo el nivel, su suerte estaba echada.

Contuvo el aliento instintivamente, mientras miraba con gesto ansioso el rapidísimo desfilar de la corriente. Las primeras oleadas rozaban ya la base de la entrada al túnel de las vegetaciones.

De pronto, García lanzó una exclamación:

—¡El arroyo baja de nivel!

Jommy dejó escapar un suspiro de alivio. El descenso podía apreciarse a ojos vistas.

Unos minutos más tarde, el suelo del túnel principal aparecía seco por completo. Sudando a mares, Jommy se sentó en el suelo, exhausto, sin ánimos para hablar.

Anita se quitó la máscara.

—Ya se respira mejor —observó.

Jommy soltó la presilla que mantenía la máscara pegada a su cara. El sudor le corría en abundancia por las mejillas.

—Jommy —dijo García en tono sombrío.

—¿Qué hay, Manuel? —preguntó el joven.

García preguntó:

—¿Se ha dado usted cuenta perfecta de nuestra situación?

—Sí —respondió Jommy. En su interior se sentía aterrado—. Sí, lo sé.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Anita.

Jommy volvió los ojos hacia el ingeniero. Emmon se había encerrado, como de costumbre, en su taciturnidad habitual.

García sacudió la cabeza.

—Tarde o temprano, tendrá que saberlo —contestó a la muda pregunta que le había dirigido el joven.

—Si —suspiró Jommy.

Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué se muestran tan

reticentes los dos? —exclamó Anita, impaciente—. ¿Es que acaso me consideran como una niña para no querer decirme lo que han averiguado?

—No —respondió el joven—. Manuel lo ha dicho bien claro. Tarde o temprano, tenía que saberlo.

—¿Y bien, teniente?

Jommy realizó una profunda inspiración.

—Señorita Kyr —dijo—, debe saber que estamos dentro del cuerpo de un ser viviente.

* * *

El silencio hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Anita tenía los ojos muy abiertos. Su rostro expresaba un horror insuperable.

—¿Estamos... dentro... de... un... animal...? —tartamudeó al cabo de casi un minuto.

—No me cabe la menor duda —respondió Jommy —. La relativa blandura del suelo, la temperatura, los torrentes de liquido alimenticio, procedentes Dios sabe de qué misteriosos procesos digestivos; la sangre que hemos visto y parte de la cual lleva usted aún sobre sus ropa... esas vegetaciones que estamos viendo, cuya acción es mortífera inapelablemente y que, en medio de todo, no son sino vellosidades de un intestino descomunal, inconcebible para una mente normal como es la nuestra... esos estremecimientos del suelo a intervalos regulares y que no pueden proceder sino de los latidos de un corazón de tal magnitud que no podemos siquiera imaginárnosla... Todo eso viene a apoyar nuestros asertos y las sospechas que concebí hace más de veinticuatro horas y que por no provocar una alarma general, no quise hacer públicas ayer. Sí—terminó el joven en tono sombrío—, nos guste o no, estamos dentro del cuerpo de un animal.

Anita se tapó la cara con las manos, vencida por la inesperada revelación.

—¿Estamos condenados a perecer en las tripas de este leviatán del espacio? —preguntó García en tono sombrío.

—No puedo asegurar nada —respondió el joven—. Sólo sé que a cada segundo que transcurre, nuestra situación me parece más

crítica que nunca.

—Debe de ser un animal de un tamaño inconcebible, al menos, tal como juzgamos los humanos las dimensiones de los seres vivientes —comentó el ingeniero—. Además, es preciso fijarse en que la astronave penetró en su cuerpo como un proyectil y la englobó con toda tranquilidad. Ni siquiera ha pestañeado, hablando metafóricamente.

—En tal caso —intervino de pronto Anita, ya más serenada—, sus dimensiones deben ser realmente pavorosas. Nosotros somos como microbios en el interior de un cuerpo humano.

—La comparación es exacta —convino Jommy Rhelson.

—Pero ¿por qué no están llenos estos tubos? Deben ser intestinos, no cabe la menor duda, pero cuando no están en acción, es decir, ocupados por una masa de alimentos en proceso do digestión, deberían hallarse replegados sobre sí mismos, contraídos, sin dejar un espacio tan ancho entre sus paredes.

Era García el que había hablado. Jommy respondió:

—Resulta inútil dar una explicación a lo que acabas de decir. Necesitaríamos tener un biólogo a nuestra disposición y eso es algo que está fuera de nuestro alcance. Aparte de que, incluso, ese supuesto biólogo se sentiría incapaz de damos una explicación lógica y congruente de las causas por las cuales seguimos viviendo.

—Es verdad —dijo García—. ¿Se fijó cuando Emmon cortó aquella vena? El animal no se estremeció siquiera, pero a poco, él mismo se «autocicatrizó» la herida y cortó la hemorragia.

—Y casi en seguida, se produjo la inundación —exclamó Anita.

—Tal vez era una reacción de autodefensa del organismo —sugirió el joven—. A pesar de que seguía teniendo el color y el olor de costumbre.

—O bien pudo provenir de la digestión de alguna presa de tamaño fuera de lo normal —opinó el ingeniero—. Hablo de normal, refiriéndome a las dimensiones de esta bestia.

Anita se tapó la boca con la mano.

—Por favor —dijo—, no hablen de esas cosas delante de mí.

—Eludir su mención no significa anular la realidad —contestó Jommy con voz serena—. Lo importante ahora es salir de aquí; ya hemos visto que la nave es impotente para continuar navegando a través del cuerpo de este monstruo.

—Debe de poseer unas facultades excepcionales, cuando fue capaz de apagar los chorros —dijo García, recordando los esfuerzos inútiles que habían realizado el día anterior.

—Desde luego. Pero hemos de convenir en que tampoco nosotros somos tontos —exclamó Jommy—. Poseemos una inteligencia que puede conducirnos, a poco que conservemos la serenidad, a la salvación que todos deseamos.

—¿Por dónde? —preguntó Anita.

—Hacia arriba o hacia abajo—contestó Emmon.

—¿Cómo? —exclamó García.

—Todo animal, por regla general, tiene un orificio de admisión de alimentos y otro de expulsión de los desechos orgánicos. Hay algunos, como los pulpos y otros animales de especies inferiores, que usan el mismo orificio para ambos menesteres —explicó Jommy —. Éste, sin embargo, no parece ser el caso de nuestra bestia; no hay más que ver la corriente que se origina en un nivel superior y se desliza por estos tubos buscando la salida. Ahora bien, ¿cómo conseguir hallar esa salida sin perecer ahogados en un torrente de líquido digestivo... suponiendo que ese líquido no sea tan corrosivo que nos mate antes de ahogamos siquiera?

—Entonces, convendría ir hacia arriba, en busca de la boca —apuntó García—. Al menos, en la dirección de donde provienen los torrentes digestivos.

—Y todavía queda otro peligro —añadió Jommy—. Supongamos que este animal puede vivir en un medio exento de una atmósfera respirable para nosotros.

—Pero ahora no necesitamos escafandra de vacío —objetó la muchacha.

—¿Sabemos acaso si el animal produce por sí mismo el oxígeno que necesita para su descomunal metabolismo? Lo único que hay seguro es que es un animal que en la Tierra llamaríamos de sangre caliente... con una temperatura interna inferior a la nuestra, ya que en tal caso, apenas si podríamos seguir viviendo, pero caliente, a fin de cuentas.

—Lo cual —dijo García —explicaría la diferencia de los 26 °C que tenemos en este medio ambiente a los 37 °C del cuerpo humano.

—Sí, pero ¿aclara el modo de salir?

Jommy volvió los ojos hacia la joven.

—No. desde luego, aunque puede tener en cuenta que haremos todos los esfuerzos posibles por conseguirlo—respondió con voz firme—. Y lo primero que debemos hacer es regresar inmediatamente a la astronave.

—¿Comunicará usted su descubrimiento a los restantes tripulantes y pasajeros? —quiso saber Anita.

Jommy vaciló algunos segundos.

—Si —respondió al cabo—. No tendría objeto callarles la verdad por más tiempo. Es posible que algunos flaqueen, pero estimo que la mayoría sabrán comportarse con fortaleza al conocer por fin nuestra verdadera situación. Además, podemos celebrar una especie de consejo de guerra del que es fácil surjan: nuevas ideas para ayudarnos a sobrevivir. Vámonos —terminó con voz firme.

Se acercó al borde de la pendiente y miró hacia abajo.

—Espero que la nave haya resistido a la inundación —comentó apagadamente.

De repente se había sentido acometido por un repentino y sombrío presentimiento.

—¿Qué es lo que teme usted? —inquirió Anita.

Jommy no quiso contestar. Sentándose en el borde, se dejó resbalar por el tobogán de la pendiente, hasta el suelo del túnel mayor.

—¡Démonos prisa! —gritó, una vez abajo —. ¡Quiero regresar a la nave cuanto antes!

Sus presentimientos tuvieron una catastrófica confirmación. Cuando alcanzaron la nave, vieron que todos los que estaban allí habían muerto.

No había ningún superviviente.

A excepción de ellos mismos.

CAPÍTULO VIII

ESTROZADA por completo, vencida por primera vez su fortaleza anímica, Anita Kyr se dejó caer de rodillas y, escondiendo la cara entre las manos, rompió a llorar con amargura.

Con ojos estupefactos, espeluznados por lo que veían, Jommy, García y Emmon recorrieron el interior de la nave, recubierto de una fina capa viscosa, cuyo origen resultaba fácil adivinar. El hedor resultaba insoportable.

Por todas partes hasta donde alcanzaba su vista divisaban cadáveres tendidos en las más absurdas posturas. Algunos de ellos, incluso, se hallaban situados en puntos elevados, que no hubieran debido alcanzar en una situación normal. Pero los síntomas indicaban, sin lugar a dudas de ningún género, que el torrente de líquido digestivo había irrumpido en la nave, posiblemente con ímpetu tan repentino, que no había podido escapar ninguno de sus ocupantes.

Jommy se sintió desmoralizado de repente. Buscó una silla, cubierta de una capa de aquel líquido viscoso y repelente, que se solidificaba poco a poco, y se sentó, incapaz de continuar manteniéndose en pie.

Pasaren unos minutos. El silencio era absoluto. Ninguno de los cuatro supervivientes era capaz de reaccionar.

García fue el primero que hizo algo positivo. Buscó un armario y sacó de él una botella y varias copas.

—Vamos a tomar un poco de licor —dijo—. Esto nos reanimará. No podemos hacer nada por los muertos, pero los pocos que hemos quedado vivos hemos de esforzarnos en buscar nuestra salvación, al precio que sea.

Jommy sintió que el licor le hacía revivir un poco. Poniéndose en pie, dirigió una mirada de desolación en torno suyo.

—No comprendo cómo estaba abierta la esclusa —dijo—. Si la hubiesen mantenido cerrada, el líquido no hubiera anegado la nave.

—No sabemos lo que pasó —contestó García—, pero tampoco es el momento de hacer especulaciones que no nos conducirán a nada positivo. Lo importante es hacer algo que solucione nuestra situación. Y cuanto antes mejor. ¿Se le ocurre algo, Jommy?

—No, con franqueza.

—Es preciso seguir hacia arriba —indicó Emmon.

—Sí —admitió García en tono pensativo—. Pero convendría cerrar herméticamente la nave, a fin de conservar un refugio en caso de una eventual retirada.

—Aprobado —dijo Jommy—. ¿Qué más? Armas no podemos llevar; son inútiles. Creo que hay un par de fusiles de pólvora, pero cuando una astronave que pesa miles de toneladas no ha causado daño a un monstruo semejante, resulta absurdo llevar un rifle que no haría sino aumentar el peso de nuestros equipos individuales.

—Entonces, hemos de llevar oxígeno, alimentos, agua y luz —apuntó el ingeniero.

—Y una motosierra, con batería de repuesto —dijo Emmon.

—Es verdad. Ahora tendremos cuidado de que no nos la lleve la corriente —exclamó Jommy—. Aunque si nos lleva a nosotros, poco importará. Pero —añadió sombríamente—, la motosierra es inútil contra el tubo de las vegetaciones disolventes; mientras segásemos las de abajo, las de arriba matarían al que estuviese haciendo funcionar la motosierra.

—¿Y qué me dices de los trajes espaciales? —sugirió García.

Jommy reflexionó unos instantes.

—No —rechazó al cabo—. En la composición de su tejido, por muy impermeable que sea, entran sustancias orgánicas. Las vegetaciones disolverían primero el tejido y luego el cuerpo del ocupante del traje espacial.

—¿Y no hay otro camino hacia arriba que ese túnel? —preguntó el ingeniero.

—Según pudimos ver, no —respondió Jommy.

Anita llegó en aquellos momentos. Tenía los ojos encarnados pero el resto de su cara aparecía cubierto de una blancura espectral.

—Lo siento —se excusó—. Fue superior a mis fuerzas y…

Jommy le acercó una silla.

—Siéntese —la invitó con amabilidad—. Manuel, dale una copa a la señorita.

—Al momento.

El licor devolvió al rostro de Anita parte de la coloración perdida.

—¿Han resuelto algo?—preguntó.

—Sí. Equiparnos y partir cuanto antes —respondió Jommy con voz firme—. Seguir aquí no hace sino agravar nuestra situación. Nadie sabe dónde estamos y si se nos ocurriera esperar un ilusorio rescate, acabaríamos por consumir todos los víveres de la despensa y perecer de inanición. Siguiendo adelante, tenemos una posibilidad que aquí se nos niega. —Hizo una corta pausa—. De todas formas, deseo hacer saber que no trato de imponer mi voluntad, sino, simplemente, de expresar mi modo de pensar.

—Estoy contigo —dijo García.

—Conforme —manifestó Emmon.

Las miradas de los tres hombres se clavaron en el rostro de Anita.

—¿Qué otra cosa puedo decir yo? —exclamó la muchacha—. Si no queda otra solución… Encuentro lógico que el que está encerrado en una mina, de buscar la salida y esto, más o menos, es lo que nos pasa a nosotros.

—¿Podré ir yo también con ustedes? —dijo en aquel momento una voz suave y tímida.

Los cuatro se volvieron a un tiempo, sobresaltados por la inesperada presencia de la vieja solterona.

—¡Cuernos! —gruñó el ingeniero.

—¡Oh! —dijo Anita.

Emily Carrish dio dos o tres pasos en el salón, apoyada en su inseparable paraguas.

—Oí voces y me atreví a salir de mi cámara —dijo casi con temor—. He oído decir que quieren abandonar la nave…

Impulsivamente, Jommy tomó la mano de la solterona.

—Señorita Carrish, ¿cómo ha podido salvarse? —preguntó, todavía sin creer en lo que estaba viendo y oyendo.

—Estaba en mi cámara leyendo la Biblia, cuando oí de repente un gran estruendo. Escuché voces de terror… y a mí también me entró un miedo espantoso, aunque pude conservar la serenidad lo

suficiente para cerrar la puerta herméticamente. ¿Ha... han muerto muchos? —preguntó la solterona.

—Todos —respondió Jommy.

La solterona cerró los ojos unos momentos.

—Dios haya tenido piedad de sus almas —murmuró. Abrió los ojos de nuevo—. Cuando se produjo la inundación, estaba leyendo un pasaje sumamente adecuado a nuestras circunstancias—dijo.

—¿Cuál? —preguntó la muchacha.

Pendiente de su brazo izquierdo, Emily Carrish llevaba un bolso tan anticuado de estilo como su paraguas. Entregó éste a Jommy y luego abrió el bolso, del que extrajo una vieja Biblia, muy manoseada.

—Recurro al Libro Santo en mis momentos de aflicción —se excusó con tímida sonrisa—. Y me conforta mucho su lectura, se lo aseguro.

Abrió el libro por una señal que tenía hecho con una cinta y empezó a leer en medio de un respetuoso silencio:

> *—Y había el Señor preparado un grande pez...*

Ninguno de los presentes interrumpió la lectura. Ajena a todo, las palabras fluían de la boca de la anciana solterona con entera naturalidad. Emily Carrish terminó el segundo capítulo de la Profecía de Jonás con los dos últimos versículos:

> *—Más yo te ofreceré en sacrificio cánticos de alabanza: cumpliré al Señor todos los votos que le he hecho por mi salud.*
>
> *»El Señor, en fin, dio la orden al pez, y este vomitó a Jonás en la ribera.*

Emily alzó los ojos del libro y dijo en tono:

—Ahora, que cada cual rece a su manera. Después, actuaremos, que la acción no debe excluir la oración ni viceversa; antes al contrario, se complementan mutuamente.

Inclinaron la cabeza y permanecieron silenciosos durante algunos minutos. Al fin, la señorita Carrish exclamó:

—Bueno, ya hemos cumplido nuestro deber de cristianos. ¿Qué es lo que debe hacerse, capitán?

Jommy respingó.

—Capi... —balbuceó.

—Así es —afirmó García —. Muerto Wassikopf, te corresponde el mando por ser el oficial de mayor categoría.

—A este respecto, me gustaría conocer antes la opinión de la casi propietaria de la nave —dijo él, mirando a Anita de reojo.

La muchacha se sulfuró.

—De todas formas, actuarán como les parezca —contestó en tono ácido—. Y, por otra parte, la escasa autoridad que yo pudiera tener, desaparecerá apenas hayamos abandonado la astronave.

—Eso es verdad —convino García. Lanzó una maldición—. ¡Pero no puedo explicarme quién fue el imprudente que dejó la esclusa da acceso a la nave, abierta!

Creo que los nervios del capitán Wassikopf saltaron de pronto —explicó la señorita Carrish—. Escuché ruido de lucha y muchas voces descompuestas; incluso me parece que el capitán echó a correr..., debía de haberse vuelto loco, sin duda. Algunos hombres trataron de alcanzarle..., y entonces fue cuando se produjo la inundación.

—Ése será nuestro mayor problema —dijo Jommy—. ¿Qué haremos si nos sorprende en el camino una avalancha de líquido digestivo?

Hubo un momento de silencio. El problema parecía no tener fácil solución, pero fue precisamente Anita la que la encontró.

—Hay trajes de vacío, dentro de los cuales se puede respirar en cualquier medio no apto para la vida humana —manifestó—. También hay o debe haber sogas en los almacenes de la nave. Podemos establecer una cordada como las de los alpinistas y, en caso de inundación, clavar nuestros picos en la carne del animal.

—Rechaza los picos —observó García.

—¿Y cómo atravesamos el tubo de las vellosidades intestinales disolventes? —preguntó Emmon.

Otra vez se les planteaba otro dificilísimo problema.

—Podemos quemarlas —apuntó García—. Llevaremos

antorchas-fuelle y las usaremos para abrirnos camino entre los tallos.

—A mi entender, ése no es medio viable —objetó.

—¿Por qué? —quiso saber la muchacha.

—El animal resistió perfectamente la tremenda temperatura de los chorros de vuelo espacial normal, cuando el capitán Wassikopf realizó una intentona para sacarnos de aquí. Es muy posible que el calor no afecte al organismo del animal, al menos en la medida que conocemos.

—Entonces, ¿hemos de cortar los tallos con una hoz? —dijo García muy desanimado.

Jommy reflexionó unos momentos, en medio de la expectación de los demás. De pronto creyó haber hallado la solución.

—Podemos emplear otro medio —dijo —. Los congeladores portátiles.

—¡Claro! —exclamó el ingeniero en tono jubiloso—. ¡Qué torpe he sido! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Sí, estoy seguro que el frío tiene que afectar de algún modo al animal, cuando menos en las zonas inmediatas a nosotros.

—Muy bien —dijo el joven—. Entonces, no se hable más. Como no nos acucia demasiado el tiempo, nos tomaremos todo un día de reposo, a fin de estar frescos y descansados en el momento de emprender la marcha. Mientras tanto, haremos una relación de los elementos que hemos de llevar encima. —Hizo una corta pausa—. Es preciso tener en cuenta que, una vez abandonada la nave, ya no volveremos a ella.

Una vez más, el silencio cayó sobre los presentes. Todos se daban cuenta de que Jommy tenía razón; en el momento en que abandonasen la astronave, ya no regresarían a ella.

Ni vivos ni muertos.

Emmon rompió la tensión con una frase llena de sensatez.

—Voy a cerrar la compuerta a fin de evitar sorpresas desagradables.

Es una buena idea —aprobó Jommy.

CAPÍTULO IX

AMINABAN en fila india, con un intervalo de tres o cuatro pasos entre cada uno de los componentes de la cordada, encabezada por Jommy, a quien seguía inmediatamente Anita Kyr. García iba a continuación y tras él, la señorita Carrish, en la que el paraguas ponía una nota de deliciosa incongruencia por contraste con su holgado traje de astronauta. Emmon cerraba la marcha, con una enorme mochila a las espaldas, la cual llevaba sin dificultad, gracias a su fuerza hercúlea.

A fin de ahorrar oxígeno y baterías, Jommy había dispuesto que sólo se encendiese su lámpara, conservando las restantes como un repuesto que podía serles necesario en cualquier momento. Las viseras de los cascos espaciales estaban alzadas, ahorrando de este modo el oxígeno de los reservorios que iban en sus espaldas, para aprovechar de esta manera la extraña peculiaridad de que existiese una atmósfera perfectamente respirable en el interior de aquel ser monstruoso, para calcular cuyo tamaño ninguno de los presentes tenía el ánimo suficiente.

—Atmósfera respirable pero hedionda —masculló García, caminando con el pico colgado de su hombro.

—Tendremos que acostumbrarnos a ella —dijo Jommy. Sus voces retumbaban extrañamente bajo aquellas bóvedas orgánicas—. Dejemos el oxígeno para cuando el respirar nos resulte ya imposible. —Le resultó imposible lanzar una pulla a la muchacha—. Esto no es el Chanel n.° 5, ¿verdad?

—¡Váyase al diablo!—contestó Anita con brusquedad.

Pronto llegaron al tubo de las vellosidades. Los cinco se reunieron en la entrada, a pocos pasos de aquellos tallos, cuyas

lentas vibraciones no cesaban un solo momento. El fin del túnel no se podía divisar ni aun con la ayuda del reflector individual.

Jommy realizó una profunda inspiración.

—Manuel, ¿preparado?

—Cuando quieras, Jommy.

El joven se descolgó de la espalda un tubo de unos sesenta centímetros de largo por veinte de grueso, de forma muy parecida a la de un extintor de incendios y se acercó despacio a la primera hilera de vegetaciones. Anita tenía también preparado el suyo, aunque había recibido órdenes de no utilizarlo a menos que se le indicara de un modo preciso.

Los tallos se agitaron de pronto como presintiendo las cercanías de una presa. Jommy abrió de pronto la espita y un chorro de vapor pulverizado salió con gran presión, alcanzando los tallos más cercanos y congelándolos en el acto, con su bajísima temperatura.

Los movimientos de los tallos cesaron en el acto. Jommy movió el pie y quebró los más próximos, que se partieron en dos como se hubieran sido de frágil cristal.

—Esto funciona —exclamó satisfecho.

—¡Cuidado! —gritó Anita de pronto.

García levantó su congelador. Una docena de tentáculos descendían rápidamente desde el techo, buscando su presa. El chorro de liquido vaporizado detuvo en seco sus movimientos.

Jommy movió su congelador a derecha e izquierda, con el fin de abrir un sendero por el cual pasar. Sentíase muy contento, dado que, al fin, habían hallado un medio para combatir al monstruo. Empezó a avanzar poco a poco, rompiendo los tallos helados sólo con el movimiento de sus piernas.

Trazó un círculo completo por delante de sí. La temperatura bajó. Algunos tallos se quedaron helados, inmóviles, pero la mayoría se replegaron en seguida al notar los efectos de la bajísima temperatura.

Sin embargo, era preciso helar los que tenía justamente al frente, a fin de poder seguir caminando. Jommy se preguntó cuánto duraría la carga del líquido congelador; esto era algo que no se le había ocurrido nunca antes por la sencilla razón de que jamás lo había utilizado. En realidad, era un elemento en el equipo de la nave, que rarísimas veces era empleado pero que, en aquella

ocasión, estimaba, podía salvarles la vida.

La baja de temperatura anuló los movimientos de las vellosidades intestinales. Sin embargo, cuando al cabo de una hora hubieron franqueado por completo aquel tubo, habían consumido ya la carga de uno de los congeladores y la mitad de la del de García.

Entonces se encontraron en lo que parecía ser una vasta oquedad, de unos cincuenta o sesenta metros de diámetro, de sección aproximadamente ovalada. En su centro, en la parte más baja, que tenía forma de cuenco, se divisaba un extenso charco de líquido, cuya anchura no bajaría de los treinta metros, que se movía con sordos borbollones que despedían un olor de una espantosa fetidez al reventar en la superficie.

—No sé si podré soportarlo —se quejó Anita, muy pálida, a punto de devolver el desayuno.

—Tendrá que esforzarse por conseguirlo —dijo el joven con frialdad—. Mientras el olor no cause otros efectos que un asco, al cual, naturalmente, habremos de acostumbramos, el oxígeno será reservado para otros usos más necesarios.

—Ya me doy cuenta —le contestó Anita—. Pero, con todo, lo que más me preocupa es que hemos llegado a un punto sin salida.

Jommy exclamó:

—¿Eh?

Jommy se había quedado desconcertado por el momento. Después de las palabras de la muchacha, paseó la vista en tomo suyo, moviendo la cabeza con objeto de que la lámpara del casco pudiese alumbrar la escena.

Alrededor del estanque, el suelo, si así podía llamársele, descendía en suave pendiente, parecida a la de una playa algo más inclinada de lo corriente; después subía bruscamente y se incurvaba hacia arriba, para formar una bóveda de color marrón muy acentuado, cuyo punto más elevado se hallaba a unos veinticinco metros sobre el nivel del líquido burbujeante.

Pero no había la menor señal de salida. La única que había era la que pertenecía al tubo a través del cual habían llegado a aquel lugar.

—Esto parece un estómago haciendo la digestión—comentó García.

—¡Por favor, no me revuelva el mío! —exclamó Anita con voz crispada.

—Bueno —dijo el ingeniero, sin hacer caso de la muchacha—, ¿y ahora, qué, Jommy?

—Es una complicación de todos los diablos —masculló el joven con rabia.

—Capitán, su lenguaje, por favor —le reprendió la solterona.

—Dispénseme, señorita Carrish —se excusó Jommy—. Pero es que nuestra situación…

—Con palabrotas no la resolverá —aconsejó Emily Carrish—. Rece y actúe, así conseguirá salvarse.

—Rezar es fácil, pero, ¿actuar?

—¡Miren!—exclamó Anita de pronto—. ¡Qué horrible!

Levantaron la vista instintivamente. Aunque Jommy no había tenido la lámpara enfocada directamente hacia aquel punto, el resplandor indirecto producido por sus rayos luminosos permitía ver algunos detalles sin necesidad de iluminarlos de trente. En la parte más alta de la bóveda de carne acababa de surgir una enorme protuberancia de unos cuatro metros de grueso, que crecía hacia abajo con relativa rapidez.

Al mismo tiempo, el hervor del espeso líquido había cesado. Las burbujas que afloraban poco a poco a la superficie y que rompían con sordos chasquidos ya no se producían.

La protuberancia se convirtió en una especie de columna del grueso mencionado, que se acercó poco a poco a la superficie del líquido. Cuando ya faltaban unos pocos centímetros, el extremo inferior, que era redondeado, se abrió como la corola de una gigantesca flor, hundiéndose acto seguido en la masa fluida.

Se oyó un horrendo gorgoteo. Una serie de ondulaciones que comenzaban a nivel del líquido y ascendían despacio, como anillos movibles, se produjeron en la estructura de la columna orgánica. Al ver aquello, Jommy supo en seguida de qué se trataba.

—Es una trompa de succión—dijo—. Cualquiera que sea la composición de ese líquido, no cabe la menor duda de que ya es asimilable para el animal y que ahora lo está ingiriendo para su distribución por el resto del organismo.

Jommy tenía razón. En un cuarto de hora, el líquido desapareció casi por completo, absorbido por aquella monumental trompa, que

ahora alcanzaba unos cuarenta metros de altura. El extremo acampanado rozaba casi el fondo de aquel monumental estanque, en el que sólo quedaban unos diminutos charcos de líquido que fueron desaprovechados, sin que ninguno de los espectadores de la curiosa escena supiera los motivos. A poco, la trompa se replegó, desapareciendo de la vista en contados momentos.

—Bueno, ¿seguimos?—preguntó García.

—¿Por dónde? —preguntó Jommy a su vez—. No tenemos otra salida y volver por el mismo sitio me parece absurdo. Hemos ganado yo diría que unos cien metros de nivel y cuanto más en alto estemos, menos peligro corremos en caso de una nueva inundación.

—Conforme —aceptó el ingeniero. Con voz pensativa, añadió—: Me gustaría saber por qué el monstruo ingiere ese líquido nutritivo a través de esa trompa tan enorme, teniendo al alcance un tubo con vellosidades disolventes, cuya longitud no debe bajar de los cuatro o cinco kilómetros.

—Tal vez ese tubo sirva para eliminar elementos perniciosos para su organismo, ¿no crees? —apuntó Jommy.

—Sí, es muy posible —murmuró García—. Pero seguimos anclados aquí y...

García no pudo seguir hablando. Anita Kyr dejó escapar de pronto una fuerte exclamación.

—¡Allí, miren, a la izquierda! —señalaba con una mano.

A veinte metros de distancia vieron que se abría de pronto un sector de la pared carnosa, tal como Jommy y Emmon lo habían visto durante su primera exploración. Primero fue una grieta, que luego se convirtió en una abertura de bordes redondeados de tres o cuatro metros de diámetro.

Casi en el acto, unas masas oscuras, informes, a veces con grandes manchones rojos en su superficie, empezaron a ser expulsados por la boca de aquel túnel abierto tan inesperadamente. Los náufragos —en opinión de Jommy, ése era el nombre que más les cuadraba—, pudieron apreciar claramente fragmentos de cuerpos de animales que les eran por completo desconocidos y que rodaban poco a poco por la pendiente de aquel descomunal estómago, hasta inmovilizarse en el centro.

Era un vertedero continuo de materia orgánica, incluso vegetal, según pudieron apreciar en algunas ocasiones. Vieron lo que

parecían ser hojas de vegetales, troceadas a veces y enteras en otras, caer al fondo revueltas con la carne destrozada acaso por unos dientes de cuyo tamaño no podían hacerse la menor idea. Resultaba, a la vez, un espectáculo fascinante y repulsivo, el cual provocaba en ellos una morbosa atracción que superaba a la repugnancia que les inspiraba.

Al mismo tiempo, el fondo del estómago empezó a segregar grandes gotas de un líquido ambarino y semitransparente, que rodaban lentamente hacia el fondo. Un leve temblor sacudía el suelo carnoso, como un movimiento peristáltico que facilitaba la reunión de los alimentos con el líquido digestivo.

De repente, Jommy lanzó una exclamación.

—¡Vamos —gritó—; ya tenemos la salida!

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Anita, comprendiendo la idea del joven.

—No, en absoluto—contestó él, con los ojos brillantes de excitación—. Pero eso que acabamos de ver es un esófago gigante, como todos los órganos de este animal. Y ya me dirá usted qué esófago de un ser viviente no tiene comunicación con el exterior.

García comprendió al instante la idea del joven.

—¡Démonos prisa o se cerrará la salida! —exclamó con gran vehemencia.

Jommy se puso en marcha, seguido de sus cuatro compañeros. Era fácil ver que el diámetro de aquel píloro gigantesco empezaba ya a reducirse.

—Un congelador —pidió.

Anita le entregó el suyo. Jommy abrió la válvula y proyectó el chorro de líquido congelador sobre los bordes del orificio, deteniendo su contracción al instante.

—Será preciso tener los picos a punto —dijo.

Estaban sumamente contentos. Ya se veían en el exterior.

Una vez que Jommy hubo comprobado que el cierre del orificio se había detenido, avanzó unos cuantos pasos y se adentró en su interior, dominando sus náuseas al pisar restos de animales triturados por unos dientes acomodados en tamaño a aquel organismo de tamaño incalculable. El final del esófago no podía advertirse, debido a sus numerosos pliegues internos, ya que se incurvaba sobre sí mismo, describiendo una gran cantidad de eses

de trazado muy pronunciado. Asimismo, tenía una pendiente bastante aguda, por la cual les hubiera resultado bastante difícil ascender, a no ser porque los pliegues, debido a su misma abundancia, les servían de peldaños.

Con el pico en la mano izquierda y el congelador en la derecha, Jommy comenzó el ascenso. La excitación de saberse próximo a la salida, no le impedía sentir cierta aprensión al hallarse entre las estrechas paredes de aquel tubo, que a veces tenían solamente una distancia de un par de metros entre sí.

Se habían acostumbrado también al olor que flotaba sin cesar en el ambiente. De cuando en cuando, el esófago sufría un fuerte estremecimiento, que no podía achacarse en modo alguno a los latidos del corazón gigante del animal; Jommy se dio cuenta de que eran las contracciones peristálticas de la víscera, que trataba de rechazar los cuerpos extraños que tenía en su interior.

La ascensión era penosa por la aguda pendiente. Anita y Emily Carrish empezaron a presentar síntomas de cansancio, pero Jommy las acució a seguir, a pesar de todo, temeroso de ser sorprendidos por una avalancha de alimentos que les hubiese lanzado de nuevo al punto de partida.

El tiempo transcurrió con lo que a ellos les pareció una lentitud infernal. De pronto, cuando incluso él mismo estaba dando ya señales de fatiga y especulaba en su interior con la posibilidad de tomarse un descanso, se encontraron con que el camino estaba de nuevo cerrado.

CAPÍTULO X

ESMORALIZADA por completo, Anita se sentó en el suelo y rompió a llorar. Las lágrimas le resbalaban por el rostro y toda su figura era de un patetismo insuperable.

—No saldremos nunca —gimió.

Jommy contuvo una maldición, acordándose de Emily Carrish. En lo moral, tampoco se sentía mucho mejor que Anita Kyr.

García se acercó a aquel punto, sin desengancharse de la cordada.

—Así que estamos bloqueados, ¿eh? —gruñó.

—Se nos olvidó traer unos cuantos cartuchos de dinamita.

—Olvidas que esos objetos ya no se usan, Jommy—contradijo el ingeniero—. Además, no sabemos si el organismo del animal hubiera absorbido fácilmente los efectos de la explosión. ¿Por qué no pruebas a lanzarle un chorro de líquido congelador?

—Porque a una cosa que está inmóvil no se la puede congelar, ya que, en tal caso, lo único que conseguirás será aumentar su inmovilidad —objetó el joven, contemplando con gesto sombrío el liso muro de carne que se alzaba ante ellos—. El único recurso que nos queda es esperar a que se abra el orificio para dar entrada a una nueva tanda de alimentos.

—Un animal como éste debe necesitar comer con mucha frecuencia a fin de mantener debidamente su metabolismo —dijo el ingeniero—. Lo único que tenemos que hacer es aguardar a que se abra el orificio y salir a la carrera, antes de que la avalancha de comida nos arrastre hacia abajo.

—Y, hablando de comida —dijo de repente Emily Carrish—, ¿por qué no tomamos mientras tanto algo de alimento?

—¡No hable de comer! —gritó Anita, exasperada—. Mi

estómago rechazaría hasta una simple migaja de pan.

Jommy se arrodilló al lado de la muchacha.

—Lo peor que hay es dejarse abatir, señorita Kyr —dijo, mirándola a la cara—. Todavía estamos vivos y eso quiere decir algo. Confieso que nuestra situación no tiene nada de agradable, pero, al menos, aún podemos consideramos con vida, cosa que, desdichadamente, no pueden decir el resto del pasaje y la tripulación de la astronave. Para ellos sí que la cosa ya no tiene remedio, ¿comprende? Además, usted tiene en estos momentos una gran ventaja.

—¿Una ventaja? —repitió la joven, atónita.

—Así es. No se puede mirar al espejo y eso, forzosamente, ha de aumentar su espíritu... porque si tuviese uno a mano, es seguro que se desmayaría en el acto.

Anita esbozó una sonrisa.

—¿Tan fea estoy? —dijo.

—Si yo fuese el gran Beresford y la viera ahora mismo, rompería el compromiso en el acto —contestó Jommy muy serio.

—Si dispusiéramos de tiempo y material, yo me encargaría de hacer un buen peinado a la señorita Kyr —terció de pronto la solterona—. En mis años juveniles ayudaba a mi hermana, que tenía una peluquería en Glasgow.

—Está bien —accedió la muchacha al cabo—. Trataré de comer... pero no respondo de lo que me pueda pasar luego en el estómago.

—Piense que tal vez el animal se enoje —sonrió Jommy—. De este modo, mantendrá su estabilidad interior.

—Procuraré hacerlo —prometió Anita.

* * *

El suelo se movió de pronto.

Jommy se despertó. Abrió los ojos y se sentó, encendiendo el reflector que tenía sobre la cabeza y que había apagado, a fin de no consumir la carga de las baterías mientras dormían.

Miró en torno suyo. Las paredes del esófago se estremecían ligeramente; era un movimiento que no podía confundirse en modo alguno con el que producían los latidos del corazón de la bestia.

Lanzó mi grito:

—¡Arriba todos! ¡Pronto, el orificio se va a abrir!

El despertar general fue instantáneo. Jommy se puso en pie, ayudando a Anita a levantarse. Los demás se incorporaron con igual prontitud.

—Es preciso echarse a un lado —recomendó García—. De este modo, quedaremos al margen de la oleada de alimentos. Y, por supuesto, clavar los picos en la pared carnosa, a fin de no ser arrastrados al estómago de la bestia.

Jommy se colocó junto al orificio. Clavó el pico a su izquierda, procurando hincar el hierro cuanto le fue posible, a fin de que el animal tardase más en expulsarlo. Los estremecimientos del tubo aumentaban de intensidad y de frecuencia.

—¡Ya se abre! —gritó Anita de pronto.

Frente al joven se divisaba ya una grieta de varios centímetros de anchura, que se dilataba poca a poco. Con los nervios en tensión, Jommy tenía el congelador preparado, mientras observaba con atención el ensanchamiento del orificio.

—¡Ahora!—se gritó a sí mismo, cuando vio que la abertura era ya lo suficientemente amplia como para permitir el paso de un cuerpo humano—. ¡Todos los congeladores, pronto!

Tres chorros de líquido vaporizado a bajísima temperatura brotaron de las respectivas válvulas. El movimiento de apertura se detuvo y los estremecimientos cesaron en el acto.

—¡Afuera!

Jommy cruzó el orificio, sin olvidarse de arrancar el pico, arrastrando consigo a Anita. Los demás les siguieron en el acto.

Ya apenas notaban el olor que reinaba en el interior de aquel organismo. La luz de la lámpara les reveló la existencia de un gigantesco montón de animales de todos los tamaños y todas las especies, algunos de los cuales se agitaban todavía con los últimos espasmos de la agonía.

—Debemos hallarnos en las inmediaciones de la boca —apuntó el joven al contemplar aquel espectáculo.

El amontonamiento de animales muertos alcanzaba una altura exorbitante; ni siquiera se podía calcular su número. Jommy se preguntó qué clase de planeta era aquel para permitir la existencia de un animal tan fabuloso. ¿Cómo movía su inmensa mole con la suficiente agilidad para procurarse el sustento tan necesario a su colosal organismo?

Eran preguntas sin importancia por el momento. Lo interesante era salvar la vida.

—Apartaos del orificio de entrada al esófago —recomendó en altavoz.

Se deslizaron a su izquierda, quedando a pocos metros del montón de bestias muertas, por cuyos costados corría aún la sangre a raudales, únicamente la conformación de aquel depósito natural, parecido a la del estómago que ya conocían, les permitió mantenerse pegados junto a las paredes laterales.

—Ahora —dijo Anita—, el problema es hallar la entrada.

—Esos animales han venido aquí de alguna forma—contestó Jommy—. Esperaremos.

—¡Miren todos! —exclamó Emily Carrish, de pronto.

Unos objetos parecidos a grandes hojas de lanza triangulares descendían de lo que podía llamarse «techo». Había cientos de ellos y su aspecto era pavoroso, ya que la mayoría de aquellos afilados cuchillos orgánicos alcanzaban varios metros de altura.

—A la pared, a la pared—gritó Jommy, agarrando a la muchacha por un brazo.

—Deben ser dientes trituradores de una boca interna —sugirió García, anonadado, como los demás, por aquel espantoso espectáculo.

Los dientes alcanzaron la masa de animales devorados. Subían y bajaban con notable rapidez, como los pistones de un motor, acuchillando y troceando los cuerpos que yacían en el suelo, el cual se movía con continuas contracciones, que agitaban la masa destinada al alimento de la bestia. Jommy creyó hallarse en el interior de una viejísima gruta, cuyas estalactitas, lisas, afiladas y aguzadas, se movieran sin cesar, destrozando con la mayor facilidad del mundo cuanto hallaban a su paso.

Los espasmos se acentuaron casi con violencia. Jommy se dio cuenta de que estaban en grave peligro de ser arrojados al seno de la masa de animales muertos.

—¡Claven los picos, pronto! —gritó.

Cinco afilados dientes de acero se hincaron en la masa de carne, evitando de este modo el deslizamiento de los cinco supervivientes hacia el centro de aquella trituradora gigante, en la que hubieran perecido instantáneamente. De pronto, Anita lanzó un agudo grito:

—¡El animal rechaza mi pico!

Jommy arrancó el suyo y, levantándolo sobre su cabeza, lo clavó de nuevo con todas sus fuerzas. Esta vea, el acero penetró hasta el mango e inmediatamente, agarrándose con una mano a dicho mango, estiró la otra y agarró el brazo de la muchacha, que ya se deslizaba hacia abajo. García la sostuvo también y entre los dos hombres evitaron una catástrofe segura.

Los movimientos eran cada vez más bruscos. De repente, sonó un alarido desgarrador, a renglón seguido de un violento chasquido.

La cuerda se había roto detrás del ingeniero. Emily Carrish y Emmon rodaron velozmente por el suelo, lanzando gritos horribles que destrozaban los tímpanos. El tripulante consiguió ponerse una vez en pie, pero su equilibrio resultaba muy precario y una sacudida de la cuerda, a cuyo otro extremo se hallaba la solterona, lo arrojó de nuevo por el suelo.

En aquel momento, un diente descendió con relampagueante rapidez. Su afilada punta atravesó de parte a parte el cuerpo de la señorita Carrish, cortando sus alaridos en seco.

La cuerda quedó cortada también. Emmon trató de escapar, aprovechándose de tal circunstancia.

Entonces, el suelo produjo un pliegue ascendente que casi lo hizo dar una voltereta en el aire. Emmon cayó en el borde de la masa de animales troceados, lanzando un terrible grito de espanto. El filo de uno de los dientes le alcanzó en el costado izquierdo y, al seguir su descenso, le cortó en dos limpiamente. Los gritos del desdichado cesaron en el acto.

Esta vez, Anita no pudo contenerse y vomitó. Los dos hombres necesitaron de toda su fuerza para no ser lanzados al centro de aquella espantosa vorágine, en cuyo seno les aguardaba la muerte. A no haber sido por el asidero que les proporcionaban los picos, hubieran perecido en pocos minutos.

Los movimientos fueron aquietándose poco a poco, aunque no cesaron del todo. El suelo produjo ciertas ondulaciones en un mismo sentido, que empujaron la masa de carne destrozada hacia la abertura de! tubo que habían convenido en llamar esófago. Jommy cerró los ojos, evitando pensar la horrible suerte de sus dos compañeros, conducidos ahora inexorablemente al estómago de la bestia en donde acabarían por ser digeridos y convertidos en un

líquido nutritivo y asimilable.

Poco más tarde, el colosal montón de carne había desaparecido. Los dientes de cuchillo se replegaron y la oquedad quedó vacía a excepción de los únicos tres supervivientes.

CAPÍTULO XI

L tiempo transcurría con agónica lentitud.

—La bestia debe de estar harta —comentó García, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared.

El suelo se movió de pronto. Anita, que dormitaba aguadamente, se despertó en el acto y lanzó un agudo grito.

—Calma —recomendó Jommy—, sólo es un latido.

Pálida, con los ojos enfebrecidos y los pómulos salientes, Anita Kyr se sentó en el suelo.

—¿No hay ninguna novedad?—preguntó con voz débil.

Jommy meneó la cabeza.

—Todo sigue igual. La bestia debe de estar echándose una siestecita después del atracón que se ha dado.

—Lo que no me explico —dijo García con acento defraudado— es por qué razón no funcionan, las armas de luz sólida. Es un artefacto capaz de perforar limpiamente dos metros de cemento...

—Olvidas un detalle —le interrumpió Jommy— y es que no es que las pistolas resulten inútiles contra la carne del animal, sino que no funcionan, que es muy distinto. Si funcionasen, ten por seguro que le haríamos algún daño.

—Es inexplicable —comentó el ingeniero—. ¿Por qué no funcionan?

—Se me ocurre una explicación —contestó el joven—. Están construidas para ser usadas al aire libre y, tanto de día como de noche, aunque haya neblina, reciben un elemento de activación del sol o bien de las estrellas. Pero aquí adentro no hay sol ni estrellas y es tal vez por eso que resultan inútiles.

García reflexionó sobre las palabras que el joven acababa de pronunciar.

—Si, tal vez tengas razón —contestó, sentándose de nuevo en el

suelo, con gesto desanimado.

Jommy volvió los ojos hacia Anita.

—¿Se siente mejor? —preguntó.

Ella hizo una mueca.

—Todo lo mejor que puede sentirse un filete viviente —contestó con amargo humorismo.

—Todavía es una mujer —dijo Jommy en tono de reproche—. Aún está viva y no precisamente en calidad de filete. Aunque —sonrió—, en otras circunstancias, su suculencia no cedería en modo alguno a la de ese hipotético filete.

Ella sonrió también.

—No sea bruto —dijo—. ¿Creé de veras que tengo buen aspecto?

—Desastroso —respondió Jommy con franqueza—. Pero está viva, y eso, de momento, es lo que más me importa. ¿Tiene ganas de comer? Sólo se trata de ingerir unas cuantas tabletas alimenticias... y nos conviene a toda costa conservar las fuerzas.

—Si no hay otro remedio —accedió ella. Al cabo de un rato añadió—: Me pregunto qué pensará mi prometido.

—¿Larry Beresford? Estará loco buscándola —dijo Jommy.

Anita sacudió la cabeza.

—Mi padre, sí. Larry, ni lo sueñe.

—¡Vaya una opinión que le merece su prometido! —comentó el joven con disgusto.

—Las cosas se ven con mayor claridad cuando una las contempla desde una perspectiva conveniente—manifestó Anita con sorprendente filosofía—. Larry quería una mujer rica y hermosa y yo reunía ambas condiciones, eso es todo. Supongo que me habrá comprendido usted, Jommy.

—Desde luego —admitió él—. Y me pongo en el lugar de Beresford y le comprendo también; pero a usted no, antes de ahora, me refiero, dado que, debido a su misma juventud y hermosura, podía haberse buscado un hombre más acomodado a sus cualidades personales.

Anita hizo un gesto vago.

—Todavía no sé por qué acepté el compromiso —contestó—. Quizá fuera para complacer a mi padre, acaso por mi propia vanidad... Beresford, precisamente por su misma fortuna, había sido

siempre un hombre inconquistable y a mí me agradaba pensar que era yo la que había rendido esa fortaleza. Ahora me doy cuenta que era un matrimonio abocado a un fracaso casi seguro.

—¿Por qué? —quiso saber Jommy—. ¿Sólo porque no se amaban? Es cierto que, para casarse, se necesita estar enamorado, pero a veces, matrimonios de interés acaban dando buen resultado, un mutuo respeto, un mínimo de afecto...

Anita sacudió la cabeza.

—Larry sólo se tenía afecto a sí mismo —contestó—. También a mí me ocurría algo por el estilo; usted tuvo sobradas ocasiones de comprobarlo; pero, además el que Larry no se hubiese dejado «cazar» por medio de un matrimonio, no significaba que antes no hubiera sido presa fácil para más de una aventurera. No, el matrimonio habría terminado mal... porque Larry se hubiera cansado de mí a los pocos meses. O semanas, tal vez.

—¿Y todo eso no lo supo ver antes? —preguntó Jommy, muy sorprendido.

—Mi orgullo me impedía reconocerlo —admitió Anita—. Aunque ya es tarde para que Beresford pueda saberlo. No saldremos jamás de aquí —concluyó en tono sombrío.

Jommy exclamó:

—Yo diría que...

Un grito de García cortó de súbito las palabras del joven, sin dejarle completar la frase.

—¡Eh, miren lo que hay aquí!

Jommy se puso en pie de un salto. A diez o doce pasos de distancia, un orificio de bordes carnosos se abría en la pared de aquella oquedad.

—Congélalo, pronto —gritó García.

El congelador entró pronto en acción, inmovilizando los bordes de la abertura, de unos seis o siete metros de diámetro y sección aproximadamente ovalada.

Jommy asomó la cabeza, viendo que el tubo descendía en una pendiente de unos quince grados. A cincuenta o sesenta pasos de la entrada, torcía en ángulo recto hacia la derecha, sin dejar por ello de seguir adentrándose en el interior de la masa del animal.

—Esto no conduce a la superficie —objetó Anita.

—Seguirlo será mejor que permanecer en este lugar, donde

corremos el riesgo de ser troceados por los dientes trituradores —alegó Jommy.

—Pero desciende, no asciende —exclamó García—. Y eso no nos conviene en absoluto.

—Mira, Manuel —dijo el joven —, estamos en una boca trituradora, o quizás en un estómago de digestión primaria, tal como la molleja de las aves corrientes. Lo lógico es pensar que ascendiendo acabaríamos por llegar a la boca normal, si normal es una palabra adecuada para esta bestia, pero también puede ocurrir que este orificio pertenezca a lo que podríamos llamar una fosa nasal situada tal vez a un nivel inferior a la boca del animal. En tal caso, ¿no crees que podríamos alcanzar el exterior, siguiendo a través del túnel?

—No se nota corriente alguna de aire —murmuró el ingeniero, no muy convencido.

—De todas formas, hay una cosa segura: y es que aquí tenemos un medio de continuar la marcha. Somos tres y si dos votos están en contra de seguir, me quedaré, pero el mío será siempre el de aprovechar cualquiera oportunidad que se me presente —manifestó el joven con energía.

—Estoy con usted, Jommy —dijo la muchacha—. Cualquier cosa es preferible a permanecer en la inacción.

—Bueno, la mayoría gana —sonrió el ingeniero—. Recojamos las cosas y partamos cuanto antes.

Se colocaron de nuevo todo el equipo. En el momento en que se disponían a emprender la marcha, Anita lanzó una exclamación.

—¡Aguarden un momento!

Tuvieron que seguirla, para no soltarse de la cuerda que les unía. La muchacha se inclinó y recogió un objeto que había caído en el suelo y que enseñó con expresión emocionada.

—No lo había visto hasta ahora, pero la conservaré en recuerdo suyo —dijo, con los ojos húmedos.

Era la Biblia de la infortunada Emily Carrish.

Hubo un momento de silencio. Después, Jommy, con voz ronca, dijo:

—¡Vamos, no perdamos ya más tiempo!

* * *

En su juventud, Jommy había leído a Julio Verne y ahora le

parecía ser protagonista de un nuevo *Viaje al Centro de la Tierra*. El suelo, resbaladizo en extremo, pese a sus irregularidades en forma de pliegues, tanto salientes como entrantes, se hundía en las entrañas del monstruoso ser, sin que el túnel diese la menor señal de concluirse. Llevaban ya dos horas caminando y aún no vislumbraban su fin.

Jommy empezó a pensar si no se habría equivocado al arrastrar a sus dos compañeros por un camino que no parecía tener fin provechoso. El túnel carnoso se retorcía sobre sí mismo a cada paso, y, aunque en algunas ocasiones daba la sensación de ascender, el sentido pronunciado de su dirección era descendente. Al cabo de las dos horas calculó que habrían recorrido unos diez mil metros de túnel y perdido dos millares de nivel, con respecto a la cavidad trituradora.

Se detuvo un momento, mirando en torno suyo, sin advertir el menor detalle que le permitiese adivinar una próxima salida de aquel laberinto. Al volver la cabeza, vio los rostros contraídos de Anita y de García.

—Lo siento —dijo en tono abatido—. Creo que me equivoqué.

Anita le dirigió una sonrisa de simpatía.

—No se desanime, Jommy—exclamó—. Adelante y que sea lo que Dios quiera. —Se tocó un bolsillo de la pernera de su traje—. Recuerde lo que dice este libro.

—La ballena de Jonás era mucho más pequeña y de constitución menos complicada —refunfuñó él—. Este bicho debe de tener las bocas y los estómagos a cientos.

—En todo caso, échame la culpa —terció el ingeniero—. Yo fui quien avisó de que se abría este tubo, con que…

Un lejano trueno interrumpió de pronto las frases de García. Tres pares de ojos se volvieron en el acto hacia arriba.

El fragor del trueno se acentuó. Por encima de su estruendo se oían otros sonidos, ya conocidos de los náufragos.

—¡Las escafandras, pronto!—gritó Jommy—. ¡Viene un torrente de líquido nutritivo y, si no cerramos los cascos, pereceremos ahogados!

Se acercó a la muchacha y le ayudó a colocarse bien su visera, comprobando luego el buen funcionamiento de su aparato productor de aire. Luego hizo lo mismo consigo mismo. Pese a la

estanqueidad de los cascos, el trueno del torrente que descendía de las alturas, se escuchaba con mayor intensidad a cada segundo que transcurría.

Jommy agarró la mano enguantada de la muchacha.

—¡Corramos! —gritó a través de la radio, también conectada.

Se lanzaron a una frenética carrera por la pendiente carnosa. Un soplo de viento, desplazado por la corriente líquida, les alcanzó de pronto, haciéndoles tambalearse.

—¡Los picos! —gritó el ingeniero—. ¡Ya tenemos allí las primeras oleadas!

El túnel no daba muestras de acabarse. Jommy asió su pico y lo clavó con fuerza en el muro carnoso, aprestándose a resistir los furiosos embates del líquido nutritivo, cuyo estruendo resultaba ya casi insoportable.

—Su pico, Anita.

La muchacha se lo entregó. Jommy lo hundió profundamente en la carne, junto al anterior y se cogió con ambas manos a los dos mangos.

—¡Agárrese a mí con todas sus fuerzas y no me suelte! —gritó.

La muchacha le pasó ambas manos por la cintura.

—No, así no —rectificó él—; métase entre mis brazos.

Era una postura mejor y Anita lo comprendió en el acto. Apenas había realizado la maniobra, las primeras oleadas de líquido amarillento iniciaron el asalto.

Jommy notó los primeros embates en sus piernas. El líquido descendía a una velocidad fabulosa y su nivel ascendió con rapidez. En pocos momentos le llegó al cuello.

Apretó las manos en torno a los mangos con todas sus fuerzas. Anita gritaba espeluznada, loca de terror; resultaba ya muy difícil mantenerse contra la terrorífica potencia del río que descendía de lo alto con violencia inenarrable.

Jommy se dio cuenta que, pese a sus esfuerzos, la corriente acabaría por arrastrarles. Ya les cubría por completo y la altura media del tubo conductor era de unos seis o siete metros.

Uno de los picos se soltó de pronto, no sabía si arrancado por la fuerza del río de liquido nutritivo o expulsado por los movimientos de autodefensa de la bestia. De repente, sintió un brutal tirón en la cintura.

—No puedo resistir más —gritó García a través de la radio.

El joven se mantuvo aún unos segundos, tratando de sostener a los tres. Pero sólo tenía un punto de apoyo y éste cedió bien pronto.

Agarró con ambos brazos el talle de Anita. Juntos los dos, se dejaron envolver por el torrente, que los arrastraba a profundidades desconocidas. Giraron sobre sí mismo, voltearon, sufrieron golpes y choques contra las paredes del túnel de carne, sin dejar de descender un solo instante y sin que el espanto de la situación les dejara siquiera notar el dolor de los golpes.

Jommy no soltó la cintura de Anita. Gracias a ello, la muchacha pudo sobrevivir, pero la violencia de los remolinos era tal, que acabó por romper la cuerda que unía a la muchacha con la cintura del ingeniero.

CAPÍTULO XII

A lámpara seguía funcionando. Los depósitos de oxígeno y el traje mostraban claramente la solidez y la conciencia profesional del fabricante.

Estaban tendidos en el suelo, en un lugar desconocido para ellos, exhaustos y agotados, después de un tiempo incalculable, durante el cual habían recorrido una distancia asimismo imposible de medir, en el interior del organismo del monstruo.

Sólo los fuertes brazos de Jommy habían impedido que, pese a los furiosos embates de la corriente, Anita hubiera sido arrastrada hacia lugares que ni imaginar podían.

Pasó un largo rato antes de que, por fin, Jommy se sintiera con ánimos para sentarse en el suelo. Movió la cabeza, iluminando el espacio en torno suyo.

Hallábanse en un vasto túnel, de tamaño superior a cuantos habían visto hasta entonces y con una serie de detalles jamás contemplados. Una espesísima selva de columnas cilíndricas, de diez o más metros da grueso, descendía de lo alto, uniéndose al suelo sin solución de continuidad, al menos en forma aparente. Por contra, el espacio que había entre columna y columna era muy reducido, apenas de un metro, lo cual impedía que se pudiera ver el final de aquel extraño lugar, tan semejante a una gigantesca cueva terrestre, cuyas bóvedas estaban sustentadas por aquellos descomunales pilares.

De cuando en cuando, sin orden ni concierto, un estremecimiento sacudía una de las columnas, la cual se movía de arriba abajo, como si por su interior circulase una corriente de líquido, que la dilataba momentáneamente, del mismo modo que sucede con las arterias de un ser de sangre caliente. Jommy comprendió que debían hallarse quizá no muy lejos del gigantesco

corazón de la bestia y que aquellas columnas no eran sino venas y arterias que conducían la corriente sanguínea a los distintos miembros del colosal organismo.

Al cabo de unos momentos, levantó la visera del casco. La atmósfera seguía siendo respirable, fenómeno que, se dijo, no se explicarían jamás probablemente. En aquel momento, sin embargo, no le importaban las causas, sino los efectos.

Todo lo que sucedía le parecía una pesadilla.

Tendida aún en el suelo, Anita le dirigió una plañidera mirada. Jommy la ayudó a sentarse y le quitó el casco. La muchacha daba la sensación de hallarse abatida del todo.

—Vamos a ver si podemos comer un poco —dijo para darle ánimos.

—No tengo ganas —murmuró Anita con voz opaca.

—Tenga o no ganas, debe comer —declaró Jommy con voz firme—. Aún estamos vivos...

De repente, los nervios de Anita cedieron y rompió a llorar con desconsuelo. Jommy rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia sí. No quiso decirle nada, pues sabía que ella necesitaba aquel desahogo.

Al cabo de unos minutos, Anita dejó de llorar. Haciendo un esfuerzo, trató de sonreír.

—Creo que seguiré sus consejos, Jommy.

—Es lo mejor que podemos hacer —sonrió él—. No debemos perder jamás la esperanza. Recuerde a Emily Carrish.

Anita movió la cabeza afirmativamente.

—Sí —suspiró—, aquella buena mujer me hizo ver muchas cosas que hasta entonces me habían pasado inadvertidas. Por fortuna, aún conservo su Biblia.

—Sáquela y lea unos pasajes; creo que ambos lo estamos necesitando.

Por un tácito acuerdo, no expresado verbalmente, ambos evitaron hablar de la suerte que había corrido el ingeniero. Después de haber reconfortado el espíritu con la Biblia, hicieron lo propio con el cuerpo. Unas tabletas alimenticias y un sorbo de agua realizaron maravilla en sus cansados organismos.

—Dormiremos aquí —decidió Jommy—. Dentro de unas horas, reanudaremos la marcha. Hacia dónde, no lo sé, pero no pienso

estarme parado mientras pueda tenerme en pie. Confío en que un día u otro podamos hallar la salida.

—Si tuviéramos el modo de provocar una enfermedad mortal a este animal—sugirió Anita—, tal vez lo consiguiéramos. ¿No fue así como murieron los invasores marcianos en *La Guerra de los Mundos*, de Wells?

—En efecto —manifestó el joven—. En la novela, los marcianos morían porque sus cuerpos no podían resistir el asalto de las bacterias y microbios que nosotros resistimos habitualmente... pero, ¿no fue usted la que dijo una vez que nosotros somos como microbios introducidos en el organismo de este monstruo cósmico? En tal caso, ¿qué enfermedad podrían provocarle nuestras bacterias? Aparte, claro está, que no tenemos un laboratorio a mano y, por otro lado, ¿podríamos resistir siquiera la enorme cantidad de tiempo que se necesitaría para que este extraño cuerpo descomunal se corrompiese por completo?

—Sí, es verdad —admitió Anita con sonrisa desvaída—. Fue sólo una ilusión... el desee de salir de aquí cuanto antes y a cualquier precio. —En tono amargo prosiguió diciendo—: Tenía usted razón cuando hablaba de mi podrido dinero. ¿De qué me sirve ahora, Jommy?

Las palabras de Anita le satisfacieron muchísimo. Indicaban un cambio radical en su modo de pensar, pero... si un día conseguían salvarse y volver a sus ambientes habituales, ¿no volvería a ser la misma Anita Kyr que había conocido durante su viaje y en los primeros momentos del naufragio?

Por el momento, no eran sino especulaciones carentes de utilidad. Era preciso esperar a la salvación... si llegaban a conseguirlo.

Suspiró mientras se tendía de espaldas en el suelo. Cerró los ojos, apagó la luz y se dispuso a dormir.

* * *

Los días transcurrían con exasperante monotonía. A no haber sido por el reducido tamaño de los víveres concentrados, que les habían permitido cargar una gran cantidad de alimentos, suficientes para un mes, habrían perecido de inanición. Pero el agua empezó a escasear.

Atravesaban túneles y más túneles de carne; a veces, se veían

obligados a esperar ante una pared viviente horas y más horas hasta que se producía en ella un orificio y podían continuar su camino. Vadearon arroyos de líquido digestivo, cruzaron por estómagos en plena función y atravesaron hasta media docena de túneles con vegetaciones intestinales, obstáculo que salvaron gracias a un congelador milagrosamente salvado de la catástrofe.

En una ocasión, sin saber cómo —jamás lograrían dar con una explicación medianamente satisfactoria—, se vieron engullidos por una corriente de líquido sanguíneo. Salvaron la vida gracias a las escafandras, y Jommy llegó a sospechar, a juzgar por la agitación del recorrido, que habían atravesado las aurículas y los ventrículos del enorme corazón de la bestia. Luego, también sin saber cómo, se encontraron en un túnel bastante seco, en el cual descansaron de aquella inenarrable peripecia.

Aquel día consumieron sus últimas reservas de líquido. Fue un sorbo equivalente apenas al de una copita de licor, después de lo cual, Jommy arrojó lejos de sí la cantimplora.

—Anita —murmuró, mirándola a los ojos.

Ella le contempló con triste sonrisa.

—¿Cuántos días nos quedan aún de vida?

—Depende de la resistencia de cada cual. Pero, puesto que parece que estamos condenados sin remedio, quiero decirte una cosa antes da que sea ya demasiado tarde.

El pálido rostro de la muchacha se sonrojó.

—¿Sí, Jommy?

—Es indudable que, aunque dura, necesitabas una lección —manifestó él—. He podido ver que las circunstancias han cambiado notablemente tu carácter y me alegro de ello, aunque, por desgracia, temo que ya no sirva de nada. Tampoco servirá de mucho decirte que te amo... y no es precisamente porque seas la única mujer que tengo a mi alcance. Me gustaría que fueses capaz de comprenderme...

Anita tomó una de las manos del joven y le dirigió una dulce sonrisa.

—Te comprendo muy bien —declaró—. Son muchas las cosas que te debo y no me refiero precisamente al seguir con vida todavía. Por eso me siento orgullosa de haberte inspirado tales sentimientos y... ¿por qué has tardado tanto en decírmelo? —le

reprochó de pronto con gran vehemencia.

Jommy se sonrojó a su vez.

—Bueno, es que, a fin de cuentas, tú eres Anita Kyr...

—Ahora soy Anita Kyr, en efecto —le atajó ella—, pero yo misma, no la hija de Tron Kyr, ni la heredera de las Empresas Kyr. Ha sido preciso que me encontrara en medio de una catástrofe para hallarme a mí misma y, aunque lógicamente he de sentir la muerte de todos nuestros compañeros, en lo que a mí respecta, me alegro de que haya sucedido así. Piensa en mí como una mujer cualquiera, en el buen sentido de la palabra, naturalmente, y olvida posición, honores y riquezas, que en este lugar no sirven de nada en absoluto. Eso es lo que quiero que sepas, Jommy, amor mío.

—Es una frase hecha, incluso detestable de pronunciar, pero tengo que decirla a la fuerza: Si he de morir a tu lado, no me importará en absoluto.

—Tampoco a mí, querido.

Jommy dijo:

—Querida, es preciso continuar.

—Lo que tú digas —respondió ella en tono sumiso.

—Es extraño —murmuró —, pero juraría que este túnel me resulta conocido.

—Hemos pasado por tantos —suspiró Anita.

—Sí, es cierto —convino él, pensativo—. A pesar de todo... Vamos —exclamó con repentino ímpetu, agarrándola de la mano.

Echaron a correr. Cincuenta pasos más adelante, al dar la vuelta a un recodo del túnel, Jommy se detuvo en seco, con aire extático.

—¡Dios mío!—exclamó, arrobado.

—¡La astronave! —gritó la muchacha.

Pero, casi en el acto, Anita sintió una tremenda decepción.

—Jommy —dijo en tono plañidero—, hemos vuelto al mismo sitio.

—¡Claro que sí!—exclamó él con gesto triunfal—. ¡Como que es lo mejor que podía habernos sucedido!

—Pero ¿es que no te das cuenta? Todos nuestros esfuerzos han resultado baldíos, estériles...

—¿Y qué? ¿Qué importa eso ahora? —dijo Jommy, sumamente excitado—. Escucha y óyeme; luego, si quieres, te echas a llorar, que no te lo impediré. Estamos salvados, ¿comprendes? En la

astronave hay agua, víveres y oxígeno para años enteros; la central eléctrica de emergencia tiene un funcionamiento prácticamente ilimitado… y, además, con tiempo y tranquilidad y las herramientas de que disponemos, algún día podremos hallar un medio de salir del interior del animal. ¿Comprendes ahora lo que quiero decirte?

Los ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas, pero, a pesar de todo, supo sonreír.

—Sí, querido, tienes razón—dijo—. Perdóname que haya dudado de ti.

—No tiene importancia —contestó él.

—Bueno, al menos, podré darme un buen baño y recobrar el aspecto que tenía antes. Vamos, querido.

CAPÍTULO XIII

OS primeros días, tras satisfacer sus primeras necesidades materiales, no fueron de aburrimiento precisamente. Había que limpiar el interior de la astronave y también tuvieron que dejar fuera los cadáveres de los ocupantes, para que los arrastrase la próxima inundación; los torrentes de líquido nutritivo —o quizá de desechos orgánicos, no tenían modo de saberlo con exactitud — seguían fluyendo con cierta regular periodicidad y ellos se encargaron de realizar una tarea que los dos únicos supervivientes no hubieran podido realizar de otro modo.

Tenían también a su disposición, como todas las astronaves que realizaban viajes interestelares, una copiosa biblioteca y asimismo una filmoteca, con numerosas cintas, desde las clásicas de siglos antes a las recién realizadas poco antes de su partida de la Tierra. Había juegos de salón, gimnasio y no faltaba un vasto armario repleto de cintas con grabaciones musicales de todas las épocas y estilos.

Por lo general, una astronave llevaba una reserva de agua y víveres para los pasajeros y la tripulación que podía alcanzar, en caso de extrema necesidad, hasta un año, mediante un estricto racionamiento. Teniendo en cuenta que, en el momento del accidente eran unas cincuenta personas y que el pasaje no se había completado —quedaron unas quince plazas sin ocupar—, podía decirse que estaban en condiciones de sobrevivir una decena de años, por lo menos. Asimismo, la central eléctrica podía proporcionarles la energía suficiente para luz, calefacción, renovación de la atmósfera y otros usos auxiliares durante un tiempo prácticamente ilimitado. En resumen, pensó Jommy,

después de realizar una avaluación mental de sus recursos, hallar la nave era lo mejor que podía haberles sucedido en sus actuales condiciones.

Agradeció en su interior la sugerencia de García; dejar la nave cerrada para contar con ella como un eventual refugio caso de fracasar, había resultado una idea magnífica. Lo malo era, se dijo, que el pobre ingeniero no había podido disfrutarla.

La nave quedó limpia y en condiciones una semana después, durante cuyo tiempo, Jommy apenas si se tomó más tiempo de descanso que el estrictamente necesario. Al finalizar el octavo día de su vuelta a la nave, sacó cigarrillos y ofreció uno a la muchacha.

—¿Cómo van tus ánimos? —le preguntó.

—Bastante mejor —contestó Anita con radiante sonrisa—. Por lo menos aquí, estamos seguros.

—Sí —convino él con gesto pensativo—. A veces se me ocurre la idea de que tal vez un día el monstruo expulse este cuerpo extraño que debe representar la astronave para su organismo.

—En algunas historias he leído que muchas personas vivieron en la antigüedad con una bala de arma de fuego dentro de su organismo, sin que ese cuerpo extraño les causara el menor perjuicio en el funcionamiento de sus órganos.

—Eso es cierto, aunque también se dieron casos de que el cuerpo humano acabó expulsando ese proyectil por sí mismo. Al menos, llegaba tan cerca de la epidermis, que bastaba una ligera incisión para ponerlo al alcance de unas pinzas. Pero aquí hemos de contar con dos factores que, por el momento, nos son contrarios. Uno: no sabemos el comportamiento interior del animal. Dos: llevamos aún muy poco tiempo, siete u ocho semanas, dentro de la fiera y estos desplazamientos naturales a lo largo de su organismo requieren un espacio de tiempo considerablemente largo.

—¿Tenemos alguna prisa, querido?—preguntó.

Jommy le devolvió la sonrisa.

—Por mi parte, no, en absoluto. Empezaré a tenerla cuando vea que escasean los víveres, pero eso ocurrirá dentro de ocho o nueve años, como mínimo.

Anita se estremeció de pronto.

—Ocho o nueve años —repitió en tono sombrío.

—Lo siento —dijo él—. Nunca debí habértelo recordado...

Ella se le abrazó con fuerza.

—Recordar que tenemos por delante una larga espera no es, en sí, lo malo, sino tener que soportarla. Pero a tu lado —se oprimió aún con más fuerza contra él— el tiempo se me hará más llevadero.

Los días empezaron a pasar. Jommy hubo de desistir al cabo de entablar contacto por radio con el exterior. Ni los transmisores de onda corta espacial ni los de la onda subespacial, capaces éstos de comunicar instantáneamente con cualquier puesto de radio por alejado que estuviese en la Galaxia, conseguían franquear la barrera que les oponían los miles y miles de toneladas de carne que les aislaban del mundo exterior.

El cuerpo del animal, por otra parte, impedía la recepción tanto de mensajes radiados como programas de televisión interestelar. Los receptores de una y otra clase permanecían en funcionamiento, pero no recogían ondas de ninguna clase. Sin embargo, por una remota posibilidad, ya que Jommy no perdía la esperanza nunca, siempre tenía en funcionamiento el receptor de radio, confiando vagamente en recibir algún día un mensaje que pudiera ponerles en contacto con aquel mundo exterior del cual estaban tan sólida y absolutamente aislados.

Anita se quejó de que la inacción la hacía engordar. Jommy le dijo que a él le gustaban las mujeres más bien llenitas y ella le llamó sátiro. Jommy objetó que su elevada estatura «absorbía» los pocos kilos que había ganado, después de haberse recobrado de las penalidades sufridas durante su estéril exploración.

Anita empezó a decir que tendría que hacer todos los días un poco de gimnasia para recobrar la línea; «de lo contrario, manifestó, acabaré poniéndome como un barril». Jommy, de buen humor, le dijo que el ejercicio físico resultaría contraproducente, porque le daría más apetito y, en consecuencia, comería más, por lo que, en tal caso, acabaría viéndose obligada a vestir directamente un traje del espacio, que eran holgados de sobra y podían contener a una mujer de doble peso que ella, por lo tanto, no tenía que preocuparse.

Anita le dijo que vaya unos ánimos que le daba con respecto a su porvenir «lineal». Jommy contestó que si le quería tan de veras como aseguraba, poco debía importarle su aspecto físico, porque a él le gustaba de todas formas: gorda o flaca, era Anita Kyr para él y

lo demás le importaba un rábano. La disputa terminó con un equitativo reparto de besos por ambas partes.

Pero Anita era una chica obstinada y no paró hasta encontrar en la biblioteca un manual de cultura física. En el cuarto de juegos había aparatos de gimnasia, que solían utilizar algunos pasajeros durante los viajes excesivamente largos, y con ellos empezó sus sesiones de actividad gimnástica. Quiso atraer a su bando al joven, pero Jommy se negó, alegando que su ejercicio favorito, cuando no estaba cuidando del interior de la nave —no se sabía si un día podría utilizarla — era mover los dos brazos: el derecho con un vaso convenientemente «ocupado» y el izquierdo con un pitillo y que todo movimiento que no fueran los citados, le ponía al borde del asma. Anita desistió y continuó practicando sus sesiones de gimnasia.

Lo cual no le hacía falta en absoluto, en opinión de Jommy; Anita era de la clase de mujeres que pueden comer como dos hombres sin añadir un gramo de peso a su esbelta silueta, pero como una de las cosas que más temía el joven era el tedio debido al prolongado encierro, la dejó hacer, convencido que aquellas sesiones gimnásticas servirían, cuando menos, para distraerla.

Un día, al mes y medio de su regreso a la nave, la vio ataviada con un dos piezas de color blanco que le quitó la respiración. Ella, orgullosa de su hermosura, se pavoneó un poco por delante de Jommy y luego trató de continuar su camino.

—¡Eh! —exclamó él—. ¿Adónde vas?

—Pues... al gimnasio, claro —respondió ella.

—¿Era necesario que hicieses una exhibición semejante?— refunfuñó el joven.

—Nada de eso, Jommy.

—Aquí hay duchas y cuartos de baño, pero no piscinas, Anita.

—Ya lo sé, pero es que he empezado a darme cuenta de que hace casi cuatro meses que estamos encerrados en la nave.

—¿Y...? —preguntó Jommy con suspicacia.

—Muy sencillo. He pensado broncearme; tengo la piel que parece el vientre de una rana. Ya sé que sólo debo agradarte a ti, pero en tiempos estaba muy bien cuando tenía la cara y el cuerpo tostados por el sol.

—A mí me gustas de todas formas, ya lo sabes, aunque si eso te

va a hacer más dichosa... ¿Cómo piensas broncearte? ¿Con algún frasco de tinte?

—Hay lámparas de cuarzo en el gimnasio, querido. ¿O ya lo habías olvidado? Vulgarmente se les llama lámparas solares, pero emiten rayos ultravioleta y...

—Ya, ya sé cómo funcionan —rezongó Jommy—. Bueno, veremos a ver qué aspecto tienes cuando te hayas tostado. Entonces, te pondrás en la cabeza un ramo de frutas y bailarás una rumba, ¿no?

—¡Estúpido! —le apostrofó ella—. Tú también debieras broncearte un poco; tanto tiempo sin sentir los efectos del sol puede resultar pernicioso, a la larga, y eso que no soy ningún médico. Pero no quiero obligarte, así que...

Anita se alejó hacia el gimnasio, balanceando sus opulentas caderas, sin que Jommy, sumamente preocupado, se fijase en el atractivo espectáculo. Con gesto reflexivo, sacó un cigarrillo y se lo colocó entre los labios.

Pero no llegó a encenderlo. De pronto, lanzó un aullido que hizo vibrar los mamparos de la nave.

—¡¡Anita!!

La muchacha acudió a la carrera, muy alarmada por aquel grito extemporáneo.

—¡Jommy! ¿Qué te sucede? ¿Por qué vociferas tanto? —preguntó.

—Has hablado de lámparas solares, ¿no es cierto? —le preguntó.

—Sí, en efecto.

—Querida, ya puedes suprimir tus sesiones de bronceado. Si no me equivoco, pronto podrás hacerlo en una playa, con un sol legítimo y no uno artificial.

—Jommy, por favor, no me tengas en suspenso —dijo Anita, temblando de pies a cabeza, porque intuía que el joven había encontrado al fin el modo de salir de aquel encierro—. ¿Qué idea se te ha ocurrido?

—No ha sido a mí, sino a ti, cuando has mencionado las lámparas solares —contestó él, sonriendo radiantemente—. ¿Recuerdas las armas de luz sólida?

—Sí, pero aquí, en el seno del monstruo, no se activan y, por lo tanto, son tan inútiles como un perchero en un campo de

desnudistas.

Jommy hizo caso omiso de la ironía de Anita.

—En apariencia, así debiera ser, pero quiero que recuerdes que su funcionamiento, entre otras cosas, se basa en la luz que reciben del sol o la estrella que le sustituya, según el sistema planetario en que se encuentre el dueño de la pistola, o si es de noche, la luz de las estrellas que brillan en el firmamento. Aquí, la masa orgánica del animal impide que nos llegue la menor luz solar del exterior y por dicha razón las pistolas no se activan.

Anita abrió los ojos desmesuradamente. Empezaba a comprender las intenciones del joven.

—Entonces… tú… lo que quieres es activarlas… empleando una de las lámparas de broncear del gimnasio. .. —tartamudeó.

—¡Exactamente lo que acabas de decir! —gritó Jommy en tono triunfal.

CAPÍTULO XIV

E habían equipado como la vez anterior, manteniéndose unidos por una cuerda que sujetaba sus respectivas cinturas, a fin de evitar accidentes perniciosos. Anita había insistido que prefería cualquier cosa a la separación, y por ello, Jommy había empleado una cuerda doble para estar más seguro de la ligazón.

Aparte de sendas mochilas con agua y alimentos concentrados, se habían colocado trajes de vacío. Jommy recomendó el uso de la escafandra desde un principio, con objeto de evitar pérdidas de tiempo innecesarias. Si las ondas de radio no salían al exterior, al menos, los transmisores individuales funcionaban a corta distancia.

En el almacén de repuestos de la nave había encontrado Jommy unos cuantos rollos de cable conductor, que había empalmado entre sí, colocándolos luego en un gran carrete, que se devanaría fácilmente a medida que avanzasen, a fin de consumir energía de la nave y no de sus baterías individuales. Había tomado cuatro lámparas solares, dos de las cuales, de reserva, pendían de su cinturón y otras dos serían las que Anita emplearía para ayudarle en la empresa.

Asimismo había tomado cuatro pistolas, también dos de reserva. Para no sufrir los efectos de la imprevisión, Jommy había estado preparando todo con meticulosidad durante tres días, hasta que calculó haber eliminado toda posibilidad de error por su parte.

—Cualquier accidente que nos ocurra, no será por falta de cuidado —dictaminó Jommy al terminar.

Naturalmente, no se habían lanzado a la aventura sin probar antes el buen funcionamiento de las armas. En el momento de la

partida, Anita comentó:

—Si esto se me hubiera ocurrido antes...

—Teníamos que haberlo ideado nosotros —exclamó Jommy—. Pero a ninguno de los tripulantes se nos ocurrió una cosa semejante. Y posiblemente se hubieran salvado la mayoría, de habernos acordado de las lámparas solares.

Entonces yo pensaba en cualquier cosa menos en broncearme — admitió Anita, un tanto avergonzada.

—Será mejor que dejemos las especulaciones sobre lo que podía haber pasado —cortó él—. ¿Vamos? Enciende las lámparas.

Anita presionó los interruptores y enfocó las lámparas sobre las pistolas que Jommy mantenía con ambas manos. El joven apretó los gatillos.

Dos chorros de luz deslumbrante partieron en el acto, encaminándose instantáneamente hacia la pared más cercana del túnel. Un boquete de diez centímetros se abrió en el acto, sin que desde el punto en que se hallaban pudieran ver el final. Jommy movió las pistolas de modo conveniente, ensanchando el orificio, hasta darle la amplitud suficiente para contenerles a los dos al mismo tiempo.

La carne desaparecía desintegrada y no volvía a contraerse después de que los rayos de luz sólida habían actuado sobre ella. Unos minutos más tarde, Jommy dijo:

—En marcha, querida.

* * *

La luz del exterior les deslumbró.

Jommy detuvo el funcionamiento de sus pistolas. Se quitó el casco y respiró a pleno pulmón el aire fresco y perfumado. Anita también se quitó el casco, pero, incongruentemente, en lugar de alegrarse, cayó de rodillas, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar.

Jommy comprendió los motivos de la muchacha y dejó que se desahogase. Mientras tanto, contempló el paisaje que les circundaba.

El tamaño del animal no podía calcularse, como tampoco su forma y dimensiones, ya que, en parte, se perdía de vista a ambos lados de una descomunal llanura herbosa, con abundante vegetación herbácea y arbórea, delimitada muy a lo lejos por una

cadena montañosa coronada de nieves perpetuas. Jommy calculó que debían de hallarse a unos cuatro mil quinientos metros por encima de la llanura y, al volverse, vio que el animal alcanzaba una altura de por lo menos el doble de la cifra citada. Su estructura externa era casi lisa, con escasas rugosidades, que permitirían, calculó, un relativamente fácil descenso.

Tampoco podía ver miembros, tales como brazos, patas o tentáculos; si los había, eran de tal magnitud, que no se podía averiguar si eran miembros o colinas y barrancos de forma redondeada que descendían en una pendiente no muy pronunciada hacia la llanura.

En lo alto brillaba una estrella, muy parecida al Sol del sistema planetario terrestre.

Anita se le acercó, con los ojos aún húmedos por las lágrimas.

—Perdóname —musitó—. Ha sido la emoción de vemos salvados.

Jommy sonrió.

—No tienes que buscar excusas de ninguna clase, querida. Sigamos.

Emprendieron el descenso. Varias horas más tarde, cuando se hallaban a unos quinientos metros de altura sobre la planicie, divisaron a lo lejos muchas personas y algunos vehículos.

Aceleraron la marcha y poco más tarde corrían libremente a través de la llanura. Los hombres corrieron también a su encuentro, lanzando gritos de sorpresa.

Les rodearon casi por completo, abrumándoles con sus preguntas. Eran todos miembros de una expedición científica, que se había organizado al ser hallado el monstruo, cuando la expedición precedente, buscando la nave extraviada, se encontró con semejante sorpresa.

La expedición había sido financiada por Tron Kyr, el padre de Anita, el cual se hizo visible pronto, abriéndose paso a viva fuerza entre los excitados científicos, que ansiaban conocer detalles de su extraordinaria aventura. Anita y su padre se abrazaron estrechamente, en medio de la emoción general.

Jommy se sintió un poco dado de lado, pero no se enojó demasiado. Dábase cuenta de que sus sueños habían terminado con la consecución de su libertad. Pese a todas las seguridades que le

había dado, Anita volvería a ser ella apenas se hallase de nuevo en su medio ambiente. El reconocimiento de la realidad hizo que las preguntas de los científicos resbalasen por sus oídos sin prestarles apenas atención, dando respuestas mecánicas que no parecían satisfacer por entero a su auditorio.

De pronto, Tron Kyr se dirigió al joven y le alargó su mano. Era un sujeto de sesenta años, pero aún fuerte y bien conservado.

—De modo que éste es el hombre que ha salvado a mi hija —exclamó con voz de trueno.

—Bueno —contestó él de mala gana—; Anita también ha hecho lo suyo, señor Kyr. Se ha portado mejor de lo que yo creía y…

De repente, un sujeto de unos cuarenta años, alto, casi calvo y con indicios de obesidad, irrumpió arrogantemente en el grupo, apartando a los expedicionarios como si fueran despreciables insectos.

—¡Anita! —exclamó.

—¡Larry! —respondió ella.

Larry Beresford la miró, frunciendo el ceño.

—Gracias a Dios que al fin te veo sana y salva. Me han dicho que acabas de salir de ahí dentro.

—Así es, Larry. Y ha sido gracias al señor Rhelson como he podido conseguirlo.

Beresford dirigió al joven una mirada desdeñosa.

—Ah, un oficial de la nave. Bueno, ya le daré una recompensa más adelante; ahora, lo más importante es prepararlo todo para nuestro matrimonio. En previsión de que pudiéramos encontrarte, traje conmigo un sacerdote y…

Ella meneó la cabeza.

—Creo que no vamos a casarnos tú y yo, Larry —dijo.

Beresford frunció el ceño.

—¿Por qué? Somos prometidos, ¿no?

—Escucha.

Anita agarró a Beresford por el brazo, en medio de la sorpresa de Jommy y de Tron Kyr, y se lo llevó lejos del grupo. Los dos hombres vieron que la muchacha hablaba vehementemente con su prometido durante unos momentos, y que éste, de pronto, daba media vuelta y escapaba a la carrera, sin querer volver siquiera la cabeza.

Anita regresó junto a su padre. La risa bailaba en sus ojos.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Tron Kyr—. Larry escapó como si tuvieras el cólera.

La muchacha contestó:

—Le dije que Jommy y yo estuvimos mucho tiempo ahí dentro y que... bueno, Jommy es un hombre y yo una mujer y que... Pero que si, a pesar de todo, quería casarse conmigo y no le importaba lo que... lo que había pasado y lo que vendría a... antes de tiempo, que...

El rostro del señor Kyr se congestionó.

—¡Anita! —bramó—. ¿Qué es lo que estás diciendo? Y usted, señor Rhelson, ¿se da cuenta de la deshonra que ha arrojado sobre el buen nombre de los Kyr?

Jommy respingó.

Dijo:

—Señor Kyr, le juro que yo...

—Papá —exclamó riendo la muchacha—, no ha pasado nada de eso. Sólo lo dije para espantar a Larry, ¿no comprendes? —Se colgó del brazo de Jommy—. Éste es el hombre a quien amo y del que seré su esposa lo más pronto posible, pero sin que ninguno tengamos nada de qué avergonzarnos.

Tron Kyr respiró aliviado.

—Menos mal —dijo, sonriendo a medias.

—Espere un momento, señor Kyr —habló el joven—. Todavía tienen que escucharme a mí los dos. Ahí dentro —señaló a la imponente montaña que era el monstruo, tendido en el suelo e inmóvil en apariencia—, las cosas se ven de muy distinta manera que en el exterior. Yo sé bien quién es usted, señor Kyr, y también sé quién es su hija. No es que los tiempos que corren sean como para blasonar de diferencias de clase, pero ella...

Tron Kyr frunció el ceño.

—Óyeme bien, muchacho —le interrumpió—, ¿ella te quiere a ti?

—¡Pues claro que sí, papá!—protestó la interesada con gran vehemencia.

—Y tú la quieres a ella —siguió Kyr.

—Así es, señor —reconoció Jommy—. Pero no me gustaría vivir como un vago, a expensas del dinero de mi mujer...

—¿Qué es eso de vivir como un vago? —rugió Kyr—. ¿Piensas que en mis empresas permito gandules? Te arrepentirás de haber entrado en la familia y no precisamente por haberte casado con Anita, puedes estar seguro de ello.

—Pero yo no voy a casarme con su hija —objetó el joven.

Kyr le agarró por el cuello del traje con una mano. La otra se cerró sobre el cuello del traje de su hija.

—Anita quiere ser tu esposa y más vale que accedas ahora, porque, si te escapas, es capaz de perseguirte por toda la Galaxia —dijo—. Así que aprovecharemos el sacerdote que se trajo ese imbécil que iba a ser mi yerno y esta misma tarde celebraremos la boda como se pueda, pero la celebraremos.

—Está bien, está bien —dijo Jommy, convencido—. Le prometo no escaparme, pero suélteme. Basta con que su hija se agarre de mi mano y…

—Claro que sí, querido —sonrió ella, mirándole a los ojos.

Echaron, a andar. A poco, volvieron la cabeza y contemplaron la enorme mole del monstruo, que cerraba por completo el horizonte y alcanzaba una altura tal, que su lomo estaba cubierto por un espeso banco de nubes.

Anita se acordó en aquel momento de Emily Carrish. Pero luego, la felicidad de saberse a salvo y junto al hombre a quien amaba, la hizo sentirse egoísta. Volvió a mirar a Jommy y supo que al fin había hallado el camino de su verdadera dicha.

